

S.I.P.
SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

¡ILEGA EL KU-KLUX-KLAN!



ALAN STAR

¡LLEGA EL KU-KLUX-KLAN!



¡LLEGA EL

KU-KLUX-KLAN!

por

Alan Star



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 14.095 – 1960

Número de Registro: 5.284 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

NOTA PRELIMINAR

¿Qué ciase de delirante veneno hace que exista el odio de razas? Antiguo como el mundo, viejo como el mismo hombre, ha llenado de horror, de dolor y de lágrimas las dimensiones de la Tierra. Nacido del desprecio, en las grandes conquistas de todos los tiempos, ha adoptado mil rostros distintos, yendo desde la abierta esclavitud a la lucha sorda y solapada, cuando la civilización y la cultura parecían haber sido desterradas para siempre de la mente del hombre moderno.

No ha sido el odio de razas limitación exclusiva del hombre blanco: todos los colores de piel han servido de motivo, por su diferencia, para llevar la violencia contra los más débiles.

Pero la raza blanca es, sin ningún género de dudas, la que más ha destacado en este aspecto. Autosugestionada por sus poderes, orgullosa hasta lo incalculable por sus triunfos, a través de la Historia, ha sido ella la que consideró, desde un principio, con desprecio a las otras, a las que no dudó en calificar de “inferiores”.

Hombres justos, gente cuya cultura parecía inhibirlos de tan infamantes apreciaciones, hablaron y hablan de “razas primitivas”, poniendo en el calificativo, aún sin saberlo, esas amargas gotas de desprecio que, en manos de los más vehementes, se convirtieron en argumentos justificativos de sus horribles locuras.

Desde la antigüedad hasta los tiempos modernos, el negro, sobre todo, fue objeto de esa política inmoral que el blanco le impuso. Y aun demostrando su valía en todos los campos de la técnica y de la ciencia, fue siempre mirado como algo molesto, “diferente” y, ¿por qué no decirlo con claridad?, inferior y primitivo.

El racismo supo poner un acento de odio hacia sus hermanos de otro color y sus exageraciones, en todos los países modernos, tanto en Europa como en América, abrieron páginas luctuosas para la vergüenza de los llamados, por sí mismos, “portadores de la

civilización”.

No hace falta citar ejemplos que todos sabemos.

Y como el motivo de estas líneas es recordar al lector hechos que ya sabe de memoria, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el futuro tampoco podrá evitar que el odio de razas desaparezca, al menos tan rápidamente como desearíamos.

No olvidemos que la cultura, de la que tanto nos vanagloriamos, no es más que un finísimo barniz que cubre, apenas, el primitivismo que late en nuestro interior. Basta una chispa, por pequeña que sea, para incendiarlo todo en un brasero en el que arderían “nuestros enemigos”.

Eso podría pasar hoy.

¿Sería extraño que en el futuro existiesen más rescoldos de esa pavorosa hoguera?

Desgraciadamente, no.

Y pasando ahora de la realidad a la ficción: una ficción cargada de enseñanzas, basada en la pobre naturaleza humana, pero ficción después de todo; digamos que, cuando las circunstancias se repitan, dando paso a la posibilidad de la lucha de razas, ésta volverá a producirse con la fidelidad matemática de una reacción química.

De todos los problemas con que la Spacial International Police tuvo que enfrentarse, ninguno más triste que el que va a relatarse hoy. Porque si bien se comprende que una organización policíaca se vea obligada a luchar contra los hombres que se apartan de la Ley, triste es tener que confesar que hay seres capaces aún de sentir ese odio infernal hacia sus hermanos de color.

¿Prejuicios?

¡No seamos cándidos!

Sólo la palabra que hemos empleado lo puede justificar y explicar, más lo segundo que lo primero, la lucha de los blancos contra los negros: el odio... aunque a veces este sentimiento negativo esconde otros mucho menos confesables para el orgulloso blanco.

Es todavía de notorio conocimiento, por su actualidad, el problema racial en los Estados Unidos: un problema grave y complicado, afortunadamente limitado a una zona de aquel amplio país, aunque es muy posible que esa limitación sólo exista en la imaginación de algunos hombres.

Y dentro del marco de esa lucha, ¿quién no ha oído hablar del Ku-Klux-Klan? ¿Quién no ha leído o visto fotografías en las que los odiosos encapuchados salen de sus reuniones nocturnas, con los ojos inyectados en sangre, para hacer “un acto de justicia”, que termina

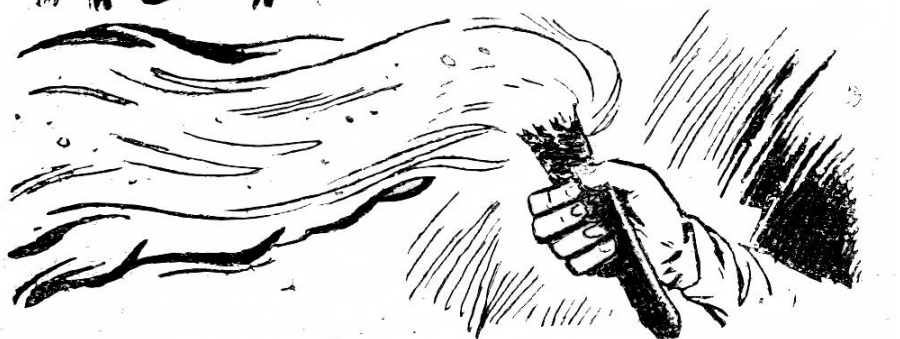
siempre con un linchamiento entre llamas de gasolina en las que queman una criatura de color?

También la SIP tuyo que enfrentarse con los “cagoullards”.

La historia de la Lander Zone, en Venus, puede parecer fantástica, irreal, futurista; pero, en el fondo, donde lo humano palpita intensamente, debe tomarse como lo que es; un grito hacia los que han olvidado nuestra hermandad universal.

ALAN STAR

LLEGA *el* KU-KLUX-KLAN



CAPÍTULO PRIMERO



CABÓ Jerome de vendar el delgado brazo de Jim. El niño que había suspirado un poco durante la cura, mordiéndose los labios para evitar las lágrimas, sonreía ahora, sabiendo que el mal que había pasado acababa de concluir

— ¡Eres un valiente, Jim!—le dijo el doctor Ploof, dándole unas amistosas palmadas en el hombro.

El pequeño saltó ágilmente de la banqueta a la que el médico le había encaramado.

—Es que usted hace muy poco daño, doctor — dijo el muchacho mientras se bajaba la manga de la camisa.

— ¿De veras?

—Sí. El año pasado, cuando usted estuvo de vacaciones, me hice daño como ahora. Y tuve que ir al médico blanco...

— ¿No irás a decirme que el doctor Wheleer te hizo daño?

—Pues es la verdad. Pero no fue sólo eso: la gente, en la sala de espera, me miraba de una manera rara y dejaron sillas vacías a mi lado, aunque había gente que estaba de pie.

— ¡Eso son bobadas! James Wheleer es un médico muy competente. Respecto a lo de la gente de la sala de espera, no hay que hacer demasiado caso. Ya sabes que los blancos suelen ser un poco exigentes.

—No todos. ¡Hay que ver las bolsas de caramelos que me da Frank cuando papá y yo vamos a comprar a su almacén!

—Desde luego. Eres muy pequeño y no tienes más que pensar en jugar... con un poco más de cuidado para que no vuelvas a hacerte daño.

—Seguiré su consejo...

Dio unos pasos hacia la puerta, pero volviéndose, pregunto el muchacho:

— ¿Sabe usted que Gladys ha ido a la ciudad?

— ¿Sí?

—Sí. Se me había olvidado "decírselo. Volverá en el helíbús de la tarde.

— ¿Ha ido de compras?

—Sí, Carol, su amiga, la hija de los Collins, quería ir con ella, pero no sé qué pasó a última hora... es decir, me lo imagino.

Jerome sonrió, al tiempo que fruncía el entrecejo.

Jim era un muchacho despierto, para sus doce años. Y, por otra parte, fuera de las horas que dedicaba al estudio, generalmente las de la siesta, ya que su padre le había comprado un "hipnoteacher"⁽¹⁾, el resto del tiempo lo pasaba correteando de un lado para otro, recorriendo los caminos entre las granjas, que conocía palmo a palmo.

La Lander Zone era su campo de acción y el médico lo había encontrado, cuando iba a visitar a sus enfermos, en los sitios más

inverosímiles, viéndose obligado muchísimas veces a llevarle a su casa, distante de sus preferidos lugares de correrías.

Miró al niño.

— ¿Qué es lo que te imaginas?

Jim bajó la cabeza.

El médico se dio cuenta de que el niño estaba arrepentido de haber dejado que su lengua hablase más de lo que evidentemente deseaba; pero, cogido ya por la curiosidad de Jerome, contestó:

—No sé si debo decirlo — murmuró.

— ¿Tan malo es? — inquirió el médico.

El niño meneó la cabeza.

—No..., no es eso...; pero...

Jerome se acercó a él, tomándolo por los hombros, para lo que se puso en cuclillas, obligando al niño a que levantase la cabeza.

—Dímelo, Jim. Ya sabes que somos amigos y que un día, cuando me case con Gladys, seré un nuevo hermano para ti.

—Ya lo sé. ¿Me promete no decir nada a nadie?

—Te lo prometo.

— ¿Palabra de hombre?

—Palabra de hombre.

Una sonrisa asomó a los labios del niño. La expresión preocupada de su rostro se borró seguidamente.

—He visto a Carol con Fred Swain.

Fue como un golpe para Jerome, que tuvo que hacer un esfuerzo para que el niño no se percatase de ello.

Luego, sin parecer afectado, dijo con voz normal:

— ¿Los Has visto muchas veces?

—Bastantes.

— ¿Por dónde les has visto?

—Más allá de la casa del doctor Wheleer..., junto al río.

—Está bien, Jim. No creo que eso tenga ninguna importancia; de todos modos, no hables a nadie de lo que has visto.

—Es la primera vez que lo hago.

— ¡Bien hecho!

Se incorporó, acompañando al niño hasta la puerta de la casa.

— ¿No vendrá esta tarde, doctor?

—Sí. ¿Dices que tu hermana volverá con el helibús de la tarde?

—Eso dijo en casa.

—Iré después, cuando haya terminado el trabajo.

Estaban en el porche y el niño se dirigió hacia su “velohelik”⁽²⁾, subiendo ágilmente en él. Luego después de hacer un ademán de despedida hacia el doctor, lo puso en marcha, elevándose y alejándose rápidamente.

Ploof permaneció unos instantes en el dintel de la puerta, siguiendo al muchacho con la mirada.

Después penetró en la casa.

Mientras atendía a los enfermos de su raza, que aún tenía que visitar, su mente no dejó de dar vueltas a lo que el niño le había contado. Y no pudo por menos de sentir una intranquilidad creciente, temiendo que algo malo pudiera desencadenarse de un momento a otro.

Jerome sabía que a pesar de todos los discursos que se habían hecho, incluso de la creación, en la ciudad, del Comité de Ayuda a la Raza Negra, que dirigía un tal Parker, los blancos de la Lander Zone no podían ver con buenos ojos a los negros.

La explicación era fácil, puesto, que los negros, llegados cinco años antes que los blancos, habían ocupado, naturalmente, las mejores tierras, trabajándolas incluso cuando el clima era insano, debido a la abundancia de marismas y pantanos.

Fue el desarrollo de una agricultura floreciente lo que atrajo a los blancos; pero estando ocupadas las mejores parcelas tuvieron que instalarse en las de segunda categoría, viendo con envidia las cosechas abundantes de los negros, mientras las suyas eran escasas y generalmente malas.

Una hostilidad solapada había nacido desde el principio, sin que aparentemente estallase, ya que los blancos no hicieron nada contra los otros; pero, de todos modos, empezó por crearse una especie de “círculo cerrado”, separándose las razas que jamás, salvo en contadísimas ocasiones, se reunían en alguna parte, siendo quizás el mercado, o la ciudad, donde la segregación desaparecía.

Pero en la Lander Zone los blancos procuraban mantenerse alejados de los negros y éstos habían obrado de la misma manera, llegándose hasta no saludarse cuando se tropezaban en el camino.

No era esto, después de todo, síntoma de una situación grave ni peligrosa; pero, desde que el joven doctor se enteró, por las palabras del niño, de las ocultas relaciones entre los dos muchachos — él blanco y ella negra—, sintió que las cosas podían cambiar radicalmente, ya que conocía suficientemente al juez Swain para presumir cuáles serían sus reacciones al enterarse de aquellos amoríos.

¿Cómo había podido Carol perder la cabeza hasta ese extremo?

Reflexionando, Jerome se dijo que haría muy bien hablando con su prometida, amiga íntima de la otra muchacha, para que hiciese lo posible porque aquella embarazosa situación cesase cuanto antes.

Carol, a la que conocía, era una muchacha lindísima, mestiza, con un color de piel ámbar y unos grandes ojos rasgados. Se parecía mucho a Gladys, la prometida del doctor, y no era raro que un muchacho como Fred se hubiese enamorado de ella, ya que habían sido muchos los que la habían rondado.

Ploof no quiso analizar los verdaderos propósitos del hijo del juez. Los matrimonios entre blancos y negros eran ya cosa frecuente en la Tierra y nadie se extrañaba por ello. Sin embargo, aquí, en Lander Zone, las cosas se habían orientado, desde la llegada de los blancos, de manera muy distinta.

Y eso era lo que temía el doctor...

Después de despachar a sus pacientes, Jerome se aseó, cambiándose de ropa y saliendo después para sacar del garaje su helicóptero con el que se dirigió, poco después, hacia el sur.

Lander Zone era una amplísima faja de terreno, de cerca de trescientas millas de profundidad, por un centenar de ancho y donde las casas se hallaban muy distantes las unas de las otras. Por fortuna, todo el mundo poseía vehículos rápidos, personales o colectivos, con lo que las distancias se reducían notablemente.

Mientras sobrevolaba la feraz tierra que desfilaba bajo él, el médico no dejó, ni un solo instante, de pensar en lo que Jim le había contado. Intentaba encontrar la manera de solucionar, lo mejor posible, aquel problema; pero, al mismo tiempo, con una sonrisa triste, se decía que las cosas del amor eran mucho más difíciles de resolver de lo que aparentemente parecían.

Cuando la granja de los Hort apareció, Jerome supo que había recorrido la mitad del camino que le separaba de la del padre de su prometida, que estaba situada en el límite sur. Un poco más hacia el oeste se encontraba la granja de los Collins, de los que Carol era hija única. Y más hacia el norte se hallaba la primera granja de los blancos, justamente la de su colega Wheeler.

James Wheeler no le había recibido nunca, ni llamado para saludarle. El médico blanco poseía su propia consulta, para gente de su raza, visitando, no obstante y con carácter de urgencia, a algunos hombres de color.

No le importaba a Ploof aquella frialdad que James había tenido hacia él. Comprendía perfectamente el punto de vista del médico blanco, sobre todo desde que todos los de su raza habían adoptado aquella posición respecto a los negros, como si éstos no hubieran

existido en realidad o se hubiesen tornado invisibles.

Allí estaba la granja de los Howis. Jerome se acercó, haciendo que su helicóptero perdiese altura, hasta que se posó, por último, en la zona plana que había a la izquierda de la casa, junto al garaje donde sus propietarios tenían sus helicópteros particulares.

Debió verle llegar el dueño de la casa porque apareció en el umbral antes de que el médico hubiera descendido de su aparato.

— ¡Hello, doctor! — saludó, avanzando hacia él sonriente.

Jerome se acercó a él, estrechándole efusivamente la mano.

— Buenas tardes, señor Howis. Llegó ya Jim, ¿verdad?

— Sí, Está en la cocina, con su madre... — guiñó el ojo a Jerome—. También ha llegado Gladys. Hace muy poco..., está cambiándose en su cuarto. Vamos.

Siguieron el camino bordeado de pequeños arbustos. Que conducía a la casa. Al entrar en ella, en el amplio “hall”, Ploof experimentó, como cada vez que llegaba allí, una sensación de serenidad que le complacía mucho, al entrar en contacto con aquella familia y aquel hogar en el que la paz reinaba como dueña absoluta.

— Te daré algo de beber — dijo John Howis, dirigiéndose al mueble bar.

Jerome se acomodó en un sillón y habla encendido un cigarrillo; luego, cuando el dueño de la casa le tendió el vaso se lo llevó a los labios, degustando el vino que los Howis producían de sus viñas del extremo sur y que ya era famoso, no sólo en el planeta sino en la Tierra.

— ¿Bueno? — inquirió el viejo.

Era un hombre alto, de anchas espaldas, todavía lleno de una envidiable salud. Tenía los rasgos llenos de nobleza y la sinceridad se pintaba en cada uno de sus gestos.

Jerome, cada vez que lo miraba, comprendía perfectamente que su esposa, Myriam, se hubiese saltado a la torera los prejuicios raciales, casándose con él.

Myriam era blanca: la única criatura de aquel color que vivía con los negros de Lander Zone. Todavía hermosa, guardaba esa serenidad de carácter que le había permitido salvar todas las dificultades de una vida repleta de trabajo y de sacrificio.

Toda la belleza de la madre había pasado, íntegra, a la hija. Y Gladys, a la que el color miel de su cutis daba aún un mayor atractivo, era, sin duda alguna, la más hermosa de las mujeres de todo Lander Zone.

— Te estaba preguntando si el vino es bueno — insistió John.

— ¡Excelente!

—Es de la cosecha del año pasado. He enviado dos mil barriles a la Tierra.

—No me extraña nada que sea apreciado allí.

—Todavía pienso hacer algo mejor, Jerome, muchacho. He injertado algunas cepas y estoy esperando, esta temporada, ver si he conseguido lo que me propongo.

— ¿Va bien el trabajo?

El viejo sonrió, mostrando una dentadura perfecta.

—No puedo quejarme. Mi única preocupación es Jim.

— ¿Por qué?

—Es muy niño y habrá de pasar mucho tiempo para que se haga cargo de todo esto.

— ¡Déjele crecer en paz! Tiempo tiene de empezar a trabajar en el campo.

—Sí, ya lo sé... Mira, aquí llega Gladys.

Ploof se puso en pie.

Descendiendo de la escalinata, la joven le causó una profunda impresión, como si fuese aquella la primera vez que la veía. Era alta, esbelta hasta lo imaginable. Llevaba un traje de estío, estampado, de color verdoso, que hacía resaltar aún más el color dorado de su piel. Tenía los ojos grandes, oscuros, como el pelo, casi endrino, que le caía, abundante y rizado, sobre los hombros.

También el padre la contemplaba con arrobó.

— ¡Aquí la tienes, Jerome!—dijo éste con una sonrisa.

El medico sonrió.

Ella se acercó, besando en la frente a su padre, antes de entregar los labios a su prometido.

— ¡Fuera de aquí, tortolillos!—dijo el viejo—. Dad un paseo y contaos todas esas cosas que cuenta uno cuando es joven y dichoso. ¿Te quedas a cenar, doctor?

—Sí.

—Diré a mamá que nos haga algo bueno.

Y se dirigió hacia el interior de la casa, mientras los dos jóvenes iban hacia la puerta.

Una vez fuera, Jerome tomó a la muchacha por la mano, empezando a caminar en silencio hacia el jardín que rodeaba la parte anterior de la vivienda. La noche era espléndida, tranquila y cálida. En el cielo, los astros brillaban intensamente y la Tierra no era más que

una estrella, quizá más brillante que muchas de ellas.

— ¿Te ocurre algo, Je? — inquirió ella, con una punta de angustia en la voz, al notar la actitud del joven.

El doctor se mordió los labios.

Luego, sin mirar a la joven, le contó todo lo que Jim le había dicho aquella tarde, sin omitir tampoco sus propias opiniones en las que se reflejaban los temores de una situación que podía llevar algún serio disgusto.

—Deseo — dijo, por último — que hables con Carol y le hagas ver los peligros que puede correr. Ya sabes que los blancos no se muestran condescendientes hacia esa clase de asuntos.

—Ya sabía lo de Carol — dijo ella.

Él se extrañó:

— ¿Cómo? ¿Lo sabías?

—Sí, casi desde el principio.

—Entonces ¿hace mucho tiempo que se ven a solas?

—Casi tres meses.

— ¡Dios mío!

— ¿No le has advertido nunca, Gladys? — preguntó después de una pausa.

—Sí, Lo he hecho en muchas ocasiones, pero ella jamás me hizo caso... ¡está locamente enamorada de Fred, Jerome!

—Pero...

—Cuando he querido prevenirla, me ha dicho que también mis padres se amaron y casaron, siendo de raza distinta.

— ¡Eso no es lo mismo! Tus padres contrajeron matrimonio en la Tierra, donde todo esto de la segregación ha desaparecido, pero aquí, por desgracia, no estamos en el mismo caso.

—Ya lo sé, aunque ahora no ha ocurrido nada.

—Puede ocurrir, pequeña.

—Yo tengo mucho miedo por Carol, pero ella dice que Fred la defenderá si algo malo se presenta.

—Y hablando de Fred, ¿crees que está seriamente enamorado de Carol?

—No lo sé, Je...

— ¿Te imaginas lo que ocurriría si ese muchacho no fuese con ella más que para divertirse?

—Me lo imagino. Pero Carol está segura..., no puede decírsele nada; te lo aseguro.

—Comprendo. De todas maneras, podías rogarle que tuviese mucho cuidado. ¡Tiemblo al pensar que el juez se enterase de que su hijo...!

Ella le miró a los ojos.

—También lo he pensado yo, Jerome, amor mío. Peto ¿es que vamos a volver a las andadas? ¿Es que no sabremos defendernos si nos atacan? ¿Es que nuestros hijos han de vivir de nuevo el infierno de la segregación racial? ¿Tendremos que volver a la Tierra en busca de una paz que aquí no seremos capaces de conquistar?

—No es eso, Gladys. Ninguno de nosotros, ya lo sabes, tememos a los blancos. Pero sin saber lo que pueden hacer, estamos un poco, compréndelo, a su merced.

— ¡Pobre Carol!

—No debes tener lástima de ella. Háblale con más claridad, con más crudeza, utiliza todos los argumentos que quieras, pero convéncela de que debe cesar de jugar con un peligro que puede, más tarde, caer sobre todos nosotros.

CAPÍTULO II



H, Fred! ¡Un momento! El joven se volvió, justo cuando estaba ya junto a la puerta, con la mano en el pomo.

Miró a su padre.

Lewis Swain era un hombre alto, robusto, de rasgos duros, cejas pobladas y ojos brillantes e inquietos en sus órbitas. Tenía los cabellos plateados y muy pegados a la cabeza, dejando ver, entre ellos, que eran escasos, pedazos de un cuero cabelludo blanco en exceso.

Iba vestido con distinción, llevando un traje gris, una camisa blanca y una corbata oscura, con lunares. Un pañuelo del mismo color asomaba un tanto por el bolsillo de pecho de su chaqueta.

Su hijo era también alto, pero mucho más delgado y enclenque, como si su juventud no le hubiera permitido aún un desarrollo completo. Tenía, sin embargo, veinticuatro años. Llevaba, una chaqueta de “sport” y un pantalón de franela, calzando zapatos claros. No llevaba corbata y el cuello de su camisa azul oscuro asomaba negligentemente por encima de las solapas de su chaqueta.

Se miraron los dos.

— ¡Te he dicho que vengas un momento!—dijo el padre, viendo que su hijo no se movía.

Como de mala gana, Fred dejó caer la mano que tenía en el pomo de la puerta y se acercó, deteniéndole a un par de pasos del hombre.

— ¿Qué quieres, papá?

— ¿Dónde ibas?—inquirió éste.

El joven frunció el entrecejo.

Le extrañaba aquella pregunta, ya que su padre jamás se había interesado por sus salidas. Estaba de vacaciones, ya que estudiaba en Metrópolis, la carrera de Leyes, pensando ser, como su padre, juez, algún día.

—A dar una vuelta — dijo, después de la pausa que marcó su extrañeza hacia la cuestión.

Los ojos de Swain brillaron con un poco más de fuerza. Y hubo un poco de aparente malicia cuando dijo:

— ¿A dar una vuelta por el río?

Fred se movió inquieto. Tenía miedo que su padre supiese algo, pero se dijo que era imposible.

Y aquello le tranquilizó, haciendo que su voz sonase con normalidad cuando repuso:

—Es posible, aunque no seguro.

Consideró Swain con mayor atención a su hijo. Los músculos de sus maxilares se contrajeron, aumentando la anchura de su rostro.

—Basta de disimulos: lo sé todo.

Esta vez, Fred no pudo evitar que el color huyese de sus mejillas, que se cubrieron de una palidez intensa.

No dijo nada.

Tampoco habló Lewis, que siguió mirando a su hijo, como si esperase que éste dijese algo.

— ¿Desde cuándo sales con esa negra?

—Hace unos meses.

— ¿Cuántos?

—Tres..., poco más o menos.

— ¿Por qué lo has hecho?

Fred esperaba aquella pregunta y luchó desesperadamente por encontrar una respuesta que, en realidad, no existía en su mente, ya que jamás se la había planteado.

—No lo sé...

— ¿Es que no te gustan las muchachas de nuestra raza?

—Sí, pero...

— ¿Entonces?

—No lo sé, papá. Carol me gusta también mucho. Además puedes estar seguro que nada serio existe entre nosotros.

— ¡Imbécil!

La palabra estalló como un latigazo y Fred miró, a su padre, sintiendo, por vez primera, un poco de miedo ante la feroz expresión de su rostro.

— ¡Imbécil!—repitió el juez—. ¿Sabes lo que puede ocurrir si tus amigas de la ciudad o las de Lander Zone se enteran de que sales con una negra?

Y como el joven no dijese nada, continuó:

— ¡No se acercarán a ti, idiota! ¡Te despreciarán y con muchísima razón!

—Yo no sabía eso, papá. En la Tierra...

— ¿Qué nos importa lo que ocurre allí? Esto es distinto. ¡Parece mentira! Un día — Siguió diciendo, sin dejar de mirar a su hijo — tú desearás casarte con una muchacha de nuestra raza, la hija del comisario o la de otro colono blanco cualquiera. ¿Sabes que somos nosotros los más pobres de Lander Zone? ¡los negros tienen todo, las mejores tierras, las propiedades más extensas, son ellos los que hacen los mejores negocios!

Fred creyó, en aquel momento, haber encontrado su mejor argumento.

— ¿Y no crees que casándome con Carol, que es la hija de uno de los mejores colonos...?

No pudo terminar.

El puño derecho del juez le golpeó con una fuerza tremenda, en plena mandíbula lanzándolo como impulsado por una catapulta hacia el suelo, donde quedó tendido, apoyado en sus manos.

Un hilo de sangre brotaba de la comisura de sus labios.

Swain avanzó aún hacia él y descargó una patada en el costado del muchacho, que le arrancó un grito de dolor.

— ¡Hijo de perra! ¿Cómo te atreves a decir eso? ¿Casarte con una negra? ¿Has perdido la cabeza?

Fred se pasaba la mano por el costado dolorido.

Y fue entonces cuando sonó el teléfono, en el despacho del juez. Éste lanzó una mirada fulminante a su hijo, yendo a descolgar el aparato, en la estancia vecina.

— ¿Sí? — inquirió.

Escuchó unos instantes, asintiendo con la cabeza.

—Está bien..., casi lo tengo convencido. Luego os veré. De acuerdo. Hasta después.

Colgó, encendiendo un cigarrillo.

— ¡Fred — llamó luego, levantando la voz.

El joven, que se había incorporado, miró con temor hacia la puerta abierta del despacho.

— ¿Qué quieres, padre?'

—Ven aquí. Vamos a hablar de hombre a hombre.

Pasándose la mano por el labio inferior, que había empezado a hincharse, Fred avanzó, remolón, hacia el despacho. Había una luz inquieta y tímida en sus ojos.

* * *

Carol respiró, con fruición, el aire de la noche que acababa de llegar. Un viento lleno de esencias llegó hasta ella, ciñendo la amplia falda a sus lindas piernas, que se dibujaron bajo el tejido. Llevaba una blusa clara, que hacía resaltar la belleza de su firme busto juvenil y calzaba sandalias, con las que caminaba sin ruido por el camino cubierto de fina arena.

Para una mestiza lo más bello de Carol eran los cabellos, intensamente rubios, que contrastaban con el color acaramelado de su piel. Sus ojos eran grandes, rasgados y claros.

Había en su rostro ese arrebol que pone la dicha. Y es que Carol Collins era dichosa como jamás habla soñado serlo.

Esperaba, desde la llegada del día, el paso lentísimo, interminable, de las horas. Hasta que el sol, poniéndose en el oeste, le llevaba la alegría del momento en que, saliendo silenciosamente de su casa, iba en busca de Fred, junto al río que dejaba ir sus aguas tranquilas más allá de la finca de sus padres.

Creyendo que Carol iba a visitar a su amiga Gladys, los padres nunca oponían objeción alguna a aquellas salidas vespertinas de su hija, en la que tenían una completa confianza.

Y era aquello lo que más dolía a la muchacha, ya que hubiese deseado decir la verdad a sus mayores, como esperaba hacerlo en el momento en que Fred se decidiese a visitarles, para formalizar definitivamente sus relaciones.

Ahora, lejos de toda preocupación, sentía sólo la impaciencia de sentirse cerca de Fred, entre sus brazos, viviendo una porción de tiempo que no hubiese cambiado por nada del mundo.

A medida que se alejaba de su casa, fue perdiendo de vista las luces de la finca, viendo aparecer, un poco más tarde, las de la casa de los Howis, allá, al este.

Pensó en Gladys y el doctor, por los que había sentido una envidia tremenda cuando ella no había encontrado aun lo que tan ansiosamente desea una muchacha. Ahora, sintiéndose amada y feliz, consideraba a la pareja amiga de otro modo.

Estaba llegando al lugar de la cita.

Había caído la noche por completo y los astros brillaban en un cielo límpido y sin nubes.

La muchacha descendió la suave colina que llevaba al río, segura de que Fred, como de costumbre, debía estar allí.

En efecto, momentos más tarde, en la claridad difusa de la noche, descubría su alta silueta, lo que hizo que su corazón latiese con más fuerza.

— ¡Fred!—llamó, corriendo hacia él.

El muchacho la recibió en sus brazos, estrechándola con fuerza. Pero ella se percató en seguida del temblor que estremecía el cuerpo de su amado.

— ¿Qué te ocurre, amor mío? — inquirió, llena de ansiedad y separándose de él, mirándole al rostro.

Se dio cuenta entonces que él estaba llorando.

Y se sintió tremendamente desdichada, porque aquélla era la primera vez que veía llorar a Fred.

Le tomó la cabeza entre sus manos y empezó a acariciarle, intentando dominar los sollozos del muchacho.

— ¡Cálmate, Fred, por el amor de Dios! ¡Cálmate! ¿No te das cuenta de que me haces sufrir horriblemente? Serénate y habla...

Hizo él un esfuerzo y la miró, con asombro, como si acabase de verla por vez primera, como si se diese cuenta de que acababa de aparecer ante él.

Hubo una luz de terror en sus ojos.

— ¡Vete! ¡Huye, Carol!— gritó, desesperado.

— ¿Cómo me dices eso, Fred? ¿Qué te he hecho yo? —dijo ella, aferrándose con más fuerza a él.

Era Carol la que lloraba ahora, dejando que las lágrimas cayesen por sus mejillas, dejando trazos brillantes y húmedos sobre su piel.

Fred la cogió, fuertemente, por los brazos.

— ¡Vete, Carol! ¿Es que no me comprendes? ¡Van a venir! ¡Y será horrible! ¡Soy un cobarde! ¡El más vil de los hombres!

Carol le miraba, extrañada, aturdida y aterrorizada al mismo tiempo. No entendía ni una sola palabra de lo que él le estaba diciendo, pero comprendía, o mejor dicho intuía, que algo horrible debía haber ocurrido para que Fred — su Fred — cambiase de aquel modo.

— ¡Hablame, Fred, por Dios! ¡Dime lo que ocurre! Yo...

Un silbido agudo brotó de la oscuridad, cortando la frase de la muchacha. Fred levantó la cabeza, mirando hacia la oscuridad que le rodeaba, con los ojos desorbitados por el terror. Luego, sin poder contener el pánico que le hacía estremecerse hasta la medula de los huesos, se desasíó de la muchacha, corriendo, como un loco, hacia la colina, sin volverse ni una sola vez hacia atrás, a pesar de los desesperados gritos de la joven.

— ¡Fred! ¡No me dejes! ¡Tengo miedo!

Los pasos del muchacho terminaron por apagarse por completo, como tragados por el silencio que se hizo después.

Carol, temblando, miró hacia el lugar por donde había huido el hombre al que amaba, sin comprender nada, sintiendo un frío en la espalda que le hacía temblar de pies a cabeza.

—Tengo que volver a casa — se dijo, como si intuyese el peligro que se cernía sobre ella—. ¡Tengo que regresar lo más aprisa posible!

Pero cuando iba a echar a correr siguiendo el mismo camino que había tomado Fred en su huida, surgieron como visones de una alucinación alocada unas figuras, completamente blancas, que la detuvieron, parándola en seco.

Se llevó las manos a la boca, ahogando el grito que, de todas maneras, no hubiese salido nunca de su garganta, agarrotada por el terror.

Vio entonces las figuras, identificándolas como las de una docena de encapuchados, que avanzaban silenciosamente hacia ella. Las ropas que los cubrían eran amplias y sedosas y el capuchón no tenía más que dos aberturas oblicuas por las que los ojos brillaban con una terrible intensidad.

Había, sobre los pechos de los encapuchados, tres “K”, pintadas en rojo intenso.

El que iba delante se detuvo ante ella y levantó los brazos, sin volverse, hablando con voz profunda:

— ¡Ésta es, hermanos! Su pecado horrible es el de haber olvidado su color, atentando contra la sagrada integridad de nuestra raza...

— ¡Que sea castigada! —gritó uno de ellos.

— ¡Juzguémosla! —bramó otro.

Dos de ellos avanzaron, sobrepasando el lugar donde el que habló primero había quedado. Y cogiendo a la muchacha por los brazos, con fuerza, la arrastraron hacia el fondo del valle, deteniéndose un poco después, en una especie de anfiteatro natural que las piedras de uno de los meandros del río formaba allí, dibujando el trazado de un cauce primitivo y muchísimo más amplio que el que ahora utilizaban las aguas.

Como surgidas de la nada, antorchas de tipo electrónico, que lanzaban una luz chisporroteante de color azul, fueron encendidas por los encapuchados, excepto por los dos que seguían sujetando a la joven.

A la luz de aquellas antorchas, la escena cobraba un aire de ilusión, de pesadilla. Y eso era precisamente lo que Carol experimentaba, segura que no tardaría en disiparse, despertándose para darse cuenta de que había estado soñando.

Pero, poco a poco, a medida que iba penetrando en la realidad, se fue dando cuenta de que todo aquello era verdad. Y empezó a explicarse, aunque vagamente, el miedo que Fred había hecho patente momentos antes.

¿Qué significaba todo aquello?

Los encapuchados se habían colocado, en una especie de semicírculo, dejando en medio al que habló primero y que ahora, como los demás, tenía la mirada clavada en la muchacha.

— ¿Te llamas Carol Collins? — inquirió, con voz potente.

Ella dudó.

—Sí: Ése es mi nombre — dijo después.

— ¿Eres de raza blanca?

—No.

—Entonces ¿cómo te has atrevido a engañar, con tus malas artes, a un muchacho de raza blanca?

Ella se sintió ofendida.

— ¿Quién dice que he engañado a Fred? ¡Él me ama y yo también le quiero! —contestó ella levantando la voz, por vez primera.

— ¡Calla, deslenguada! ¡Bruja! ¿Cómo te atreves a decir que un blanco siente por ti algo más que repugnancia?

— ¡Eso no es cierto!

El encapuchado soltó una carcajada.

— ¡Imbécil! ¿Crees acaso que si ese muchacho te amase te hubiera denunciado al Klan para que seas castigada como mereces?

— ¡No es verdad! ¡Fred no me ha denunciado! ¡Él me dijo que huyese!

— Tu lengua es tan embustera como maldita es tu hermosura.

— ¡No tienen derecho a retenerme aquí! ¡Déjenme volver a casa!

— ¡Hacedla callar! — rugió el encapuchado.

Uno de los que la sujetaban por los brazos la golpeó salvajemente en el rostro, rompiéndole el labio inferior, del que empezó a manar sangre en abundancia.

— ¡Quiero que contestes a mis preguntas, diciendo sí o no! ¿Entendido?

Al no contestar, recibió un nuevo golpe.

— Sí... — balbució, llorando desconsoladamente.

— Así me gusta más. Veamos ahora. ¿Es cierto que utilizaste malas artes para engañar a Fred Swain?

Otro golpe, que le llenó la boca de sangre.

— Sí.

— ¿Te serviste de tu maldita belleza de repugnante mestiza para atraerle?

— Sí.

El encapuchado se volvió hacia los otros.

— ¡Ya habéis oído, miembros del Klan, que esta mujerzuela merece el castigo que vamos a imponerle !

Hubo un silencio.

Luego el mismo que hablaba dijo, con voz tonante:

— ¡Verdugo!

— ¡Presente! — contestó uno de ellos, adelantándose unos pasos.

— Cumpla la sentencia.

— Bien, señor.

El hombre avanzó. Había sacado un objeto del bolsillo, que la amplia manga de su disfraz ocultaba casi por completo. Al acercarse a la joven los que la sujetaban tiraron de los brazos de la muchacha, de forma a mantenerse prudencialmente separados.

— ¡Mira al verdugo, maldita! — rugió el jefe del Klan.

Ella levantó el rostro, arrasado de lágrimas.

Y entonces el hombre lanzó algo que tenía en la mano: un líquido que cayó sobre la cara de Carol.

Un alarido espantoso subió, desgarrando el silencio, hacia el cielo. Pareció que hasta las piedras iban a estremecerse de horror.

Pero no pasó nada.

El silencio volvió a caer.

Y cuando los dos encapuchados soltaron los brazos de la muchacha, ésta cayó de bruces, quedando inmóvil, abandonada, mientras los miembros del Kan se alejaban en silencio, hacia la parte alta de las colinas.

CAPÍTULO III



L suave ruido del rotor de un helicóptero hizo que los comensales levantasen la cabeza, mirándose después los unos a los otros.

—Se diría que es un aparato que aterriza en nuestro parque — dijo el viejo John, mirando al médico.

— ¡Vamos a verlo! —gritó Jim.

— Tú te quedas en la mesa, sin moverte — repuso, severamente, el padre. Luego, dirigiéndose a Jerome propuso—: ¿Vamos a echar una ojeada, muchacho? —Sí.

Se levantaron, dejando sus servilletas sobre la mesa, saliendo juntos, justo en el momento de ver la sombra del aparato que

descendía, decididamente, en el terreno junto al garaje.

La pista estaba iluminada.

—Parece el helicóptero de David — comentó John, mientras se dirigían a la pista.

—Sí — asintió Ploof, sin más comentarios.

El propio Collins descendió del aparato cuando los dos hombres llegaban junto a él.

Estrechó la mano a los dos.

—Buenas noches — saludó —. Vengo en busca de Carol.

—No está aquí, amigo — repuso el viejo John.

David frunció el entrecejo.

—Pero ha estado aquí, ¿verdad? He debido cruzarme con ella.

—No, no ha estado aquí. Al menos yo no la he visto. ¿Y tú, Je?

El médico negó con un gesto de cabeza.

—Tampoco la he visto.

Una especie de inquietud le hizo experimentar una sensación desagradable que rechazó casi en seguida.

—Ven a casa—dijo John, al otro—. Hablaremos con Gladys. Es muy posible que mi hija sepa dónde ha ido la tuya.

Se dirigieron hacia la casa, donde penetraron, siendo recibidos por la dueña, que había salido al umbral para saber de quién se trataba.

— ¡Pero si es David! — dijo, con una sonrisa en los labios—. ¡Pasa, hombre, pasa! ¡Hacía una eternidad que no te dejabas caer por aquí!

Myriam Howis era, en efecto, una hermosa mujer. La blancura de su piel contrastaba con la de los demás — su hijo Jim era mucho más negro que su hija Gladys, pareciéndose aquél a su padre—.

David se dejó llevar por el brazo, del que tiraba la esposa de su amigo, sentándose en una de las sillas, junto a la mesa.

Sus ojos buscaron en seguida los de Gladys.

— ¿No has visto a Carol, hija mía? — preguntó, con una ansiedad no disimulada.

— ¿Carol? — inquirió, a su vez, la muchacha—. No, no ha venido hoy aquí. Yo he estado en la ciudad, pero no creo que haya estado en casa. ¿No es cierto, mamá?

—No, no ha venido, David — repuso la mujer blanca—. ¿Ocurre algo malo?

—No ha vuelto aún a casa.

— ¿Salió esta tarde?

—Sí, como cada tarde. Sale al atardecer y yo estaba seguro de que vendría aquí.

Gladys y Jerome se cruzaron una rápida mirada.

—Pues hace unos días que no la veo— ¡dijo Myriam—. ¿No es cierto, Gladys?

—Sí, mamá. A lo mejor debe estar, en casa de los Hort.

—Eso vamos a saberlo en seguida — repuso John, mientras se dirigía al teléfono.

Un silencio molesto se hizo mientras el viejo marcaba el número.

— ¿Samuel? — inquirió, al obtener la comunicación—. Sí, soy John..., ¿no estará Carol, la hija de David, por casualidad, en tu casa? ¿No? No, no pasa nada, no te alarmes. ¿Y tus hijos? Perfectamente... Buenas noches, amigo.

Colgó, volviendo a reunirse con los demás.

—No, no está —dijo, con un hilo de voz.

Una nueva pausa se hizo en el comedor.

Jerome no se atrevía a mirar a su prometida, que tenía la cabeza baja y el rostro más pálido que de costumbre.

—Es extraño — decía David, como si hablase consigo mismo—. Carol es una buena hija y nunca creí que debiese desconfiar de ella.

— ¡No hay motivo para hacerlo! —salió en su defensa Myriam.

—Pero — dijo, a su vez, John—. ¿Dónde puede haberse metido Carol?... ¡Y a estas horas!

Ploof no pudo más.

— ¿Me permite que dé una vuelta por ahí, con mi helicóptero, señor Collins? — dijo Jerome poniéndose en pie.

— ¿Crees que vas a encontrarla, muchacho?

—Puedo intentarlo. Una persona puede sufrir un accidente, romperse una pierna, por ejemplo, y quedar desamparada hasta que se la descubre. Voy a dar una vuelta por ahí. He puesto nuevos reflectores a mi aparato y podré verla si es que anda por ahí.

— ¡Yo te acompaño! —exclamó Gladys.

— ¡Y yo también! —dijo Jim.

—Tú, diablo, vas a irte a la cama ahora mismo. ¿Entendido? — respondió Myriam.

Los dos jóvenes habían salido ya, pero no despegaron los labios hasta que el aparato del doctor se elevó en medio de la noche.

— ¡Tengo mucho miedo, Je! —dijo entonces ella.

—Yo también.

— ¿Qué puede haber ocurrido?

—Lo ignoro. De todas formas, no hay que alarmarse en principio. Puede ser que se hayan retrasado un poco.

— ¡Él tiene la culpa!

—No seas excesivamente dura con Fred, Gladys.

— ¿Crees que no tengo razón?

—No puedo dártela, a. menos que conozca los sentimientos de ese muchacho hacia Carol. ¿Y si la amase de verdad?

— ¡No lo creo!

—No debes pensar así.

El aparato se dirigía hacia el río, sin perder tiempo en reconocer el resto del terreno. Después de lo que Jim le había contado, el doctor sabía hacia dónde debía dirigirse directamente.

Pronto dejaron las colinas a un lado, empezando a perder altura, al tiempo que la superficie de las aguas plateaba un poco debajo de ellos.

Jerome encendió los poderosos faros.

El río apareció, de golpe, convertido en una superficie en la que rielaba la luz de los faros. Moviendo un poco el aparato, Ploof empezó a reconocer, disminuyendo la velocidad del helicóptero, los bordes del agua que, por fortuna, no estaban cubiertos de vegetación y ofrecían un aspecto triste y desolado.

Nada se veía sobre la arena de los márgenes del río. El aparato prosiguió su camino, volviendo después por la otra orilla, con el mismo resultado negativo.

—No está por aquí... — musitó la joven.

—Espera. Llegaremos hasta donde empezamos y pasaremos, de nuevo, a la otra orilla.

— ¿Hasta dónde quieres llegar?

—Hasta el viejo anfiteatro. No creo que hayan ido más allá.

— ¿Es que esperas ver a los dos?

Jerome sonrió.

— ¡Seguro!

— ¡Qué vergüenza! Carol hará que su padre se muera de dolor.

— ¿Por qué? Ya te he dicho antes que todo depende de las intenciones de Fred. Si el muchacho quiere de verdad a Carol y quiere convertirla en su esposa, no creo que David se oponga.

— ¿Y el juez?

—Eso es harina de otro costal.

— ¿Y entonces?

—Ya veremos. Lo importante es encontrarlos y hacer que regresen, juntos, a tu casa.

— ¿A mi casa?

—Sí. La presencia de tu madre influirá muchísimo en mitigar la cólera de David. ¿No es cierto?

— ¡Ya veo que conoces a mamá!

Jerome hizo pasar el aparato al otro lado del río, volviendo a remontar la corriente.

Nada descubrieron en la parte que ya habían recorrido antes; pero al llegar al anfiteatro natural, Gladys fue la primera que vio el cuerpo de la muchacha.

— ¡Mira, Je! ¡Allí, a la izquierda! ¡Dios mío!

El médico se estremeció.

—Espera. Vamos a aterrizar a su lado.

Maniobró con habilidad el helicóptero, que se posó, momentos después, a menos de veinte metros del cuerpo de Carol.

Saltando a tierra, al mismo tiempo que Gladys, Jerome empezó a correr a toda velocidad, sintiendo algo extraño en el pecho: una ansiedad dolorosa y lancinante.

Cuando llegó junto al cuerpo de la muchacha, inclinándose para volverla, ya que Carol yacía bocabajo, no pudo evitar una exclamación.

— ¡Qué horror!

Detrás de él, Gladys lanzó un alarido, retrocediendo, cubriéndose el rostro con las manos.

Ploof permaneció unos instantes sin saber qué hacer, aterrizado por el indecible espectáculo que tenía ante él; pero, finalmente, su instinto profesional se impuso.

— ¡Ayúdame, Gladys! ¡Tenemos que llevarla a casa a toda velocidad! — dijo volviéndose a su prometida.

Venciendo el horror, en el que la repugnancia, inevitable, se mezclaba, la muchacha tomó a Carol por los pies, mientras el médico lo hacía por las axilas.

Instantes después, el cuerpo de Carol yacía en el lecho que había en la parte posterior del helicóptero y que se formaba con solo unir los dos asientos.

Durante la operación, ninguno de los dos jóvenes dijo nada.

— ¡Canallas! ¡Puercos inhumanos! —dijo Jerome a la vez que hacía despegar el vehículo y sin poder contenerse más.

— ¿Qué... es... lo que le... han hecho, Je?

—Le han quemado el rostro con vitriolo u otra sustancia similar...

— ¡Dios mío!

—Me lo estaba temiendo, pequeña... Me lo temía; pero, francamente, jamás creí que las cosas llegasen a esto... ¡Es horrible!

Había dado la máxima velocidad al aparato.

—Voy a dejarte junto a tu casa, querida — dijo después de una larga pausa.

— ¿Y tú?

—Voy a llevarme a Carol. En mi clínica tengo lo necesario para empezar a hacer una cura a fondo. He de limpiar las quemaduras cuanto antes. Tú dirás a su padre que la hemos encontrado herida..., no le asustes demasiado... Luego le llevas, con el tuyo, a mi casa. Allí procuraremos calmarle un poco. Si la viese así, podría ocurrirle algo serio.

—Comprendo.

Hubo un penoso silencio.

— ¿Quién habrá podido hacer esto? — inquirió, mirando a Jerome como si fuese incapaz de concebirlo.

—No lo sé. Pero no puede quedar impune un crimen tan horrible...

Habían llegado junto a la casa de John y el médico se posó, rápidamente, justo al tiempo de que la muchacha descendiese.

— ¡Ten cuidado con tus palabras!—le advirtió.

—Sí, tendré cuidado — repuso ella, echando a correr hacia la casa.

Jerome despegó de nuevo, poniendo rumbo a su clínica.

Lo sucedido había producido una descarga de indignación en su espíritu; pero, al mismo tiempo, hubo de confesarse que esperaba algo así, una reacción brutal de los blancos, en cuyo fondo no había más que envidia hacia los colonos de color que, habiendo llegado antes que ellos a Lander Zone, poseían, como era natural, las mejores y más fértiles tierras. ¿Era ese motivo suficiente para atacar de tan horrible manera a una inocente muchacha como Carol?

Pósose en la pista, llevando en brazos el inanimado cuerpo de la joven al interior de su casa, colocándolo en la mesa de curas. Quitándose la chaqueta, se enfundó la bata, poniéndose a trabajar inmediatamente.

Cuando, un poco más tarde, oyó el ruido del motor del aparato que acababa de posarse junto al suyo, Ploof salió de la sala de curas, cerrando cuidadosamente la puerta tras él.

Momentos después, David, el padre de la muchacha, seguido por John y Gladys, penetraban en la casa.

Collins llevaba en el rostro la expresión de una indecible angustia.

— ¿Dónde está?—inquirió, nada más entrar. Jerome señaló la puerta de la clínica.

—Ahora está descansando y no sería conveniente molestarla.

—Pero... ¿qué le ha ocurrido?

El médico dudó, convencido de que no podía seguir mintiendo a aquel hombre mucho tiempo.

—Siéntese, señor Collins — dijo.

Y después de lograrlo, cuando todos estuvieron sentados alrededor de la pequeña mesa del living, dijo:

—Verá usted, David..., no tengo más remedio que decirle la verdad: alguien ha quemado el rostro de Carol.

— ¿Que han quemado el rostro de mi hija? ¿Por qué?

Tenía los ojos desorbitados y había cerrado espasmódicamente los puños, palideciendo hasta que su rostro contraído tomó el color ceniciento de la pizarra.

Ploof esquivó la respuesta.

—No lo sabemos aún, pero la policía encontrará al criminal que lo ha hecho.

Sin escucharle, David dejó que las lágrimas cayesen de sus ojos.

“¿Cómo es posible, Señor?” — se preguntó a sí mismo— ¡Carol no ha hecho nunca daño a nadie! ¿Quién ha podido atreverse a hacerle tanto mal?

Luego, ordenando ya sus ideas, clavó su mirada en los ojos del doctor.

— ¿Quedará desfigurada para siempre? — inquirió.

Sé daba cuenta, al razonar ahora con más frialdad, de las terribles consecuencias que la agresión podía tener para su hija, de cuya belleza había estado siempre orgulloso.

Jerome tragó saliva, con evidente dificultad.

— Creo que podrá curarse. Mi consejo, señor Colima, es que Carol sea trasladada, lo antes posible, a una clínica de la Tierra, donde

podrán aplicarle técnicas de cirugía estética que aquí no podemos hacer...

— ¡Iré donde sea! Todo el dinero que tengo lo emplearé en ella... y en descubrir al canalla que ha sido capaz de hacer eso.

—Todos estamos a tu lado, David. Ya lo sabes. Cuanto necesites, no importa..., puedes contar con nosotros — intervino John, poniendo una mano sobre el hombro de su amigo.

—Gracias.

Habló de nuevo el médico:

—Lo mejor que se puede hacer, según creo, es que usted, señor Collins, vaya a ver a su esposa y la prepare, sin asustarla, para el viaje. Con un poco de prisa podrían ustedes salir, con Carol, en la astronave de mañana por la mañana.

—Je tiene razón — dijo John—. No te preocupes por tus tierras y tus cosechas. Yo me ocuparé de ellas.

Collins se había levantado. Parecía haber envejecido diez años en aquellas cortas horas. Tenía los hombros inclinados y caminaba con esfuerzo, arrastrando los pies.

— ¿Puedo quedarme para cuidar de Carol, papá? inquirió entonces Gladys.

— ¡Naturalmente, hija mía! Si Je lo considera conveniente.

—Creo que es una magnífica idea, señor—.repuso el médico.

Acompasaron los jóvenes a los otros hasta el helicóptero, que conducido por John despegó inmediatamente.

El joven médico y la muchacha regresaron a la casa.

Una vez cerrada la puerta, Ploof se dejó caer en uno de los sillones, con la cabeza inclinada hacia el suelo.

Gladys se acercó a él, acariciándole los cabellos.

Y él, como en un murmullo, entre dientes, se lamentó:

— ¡Le han quemado los ojos! ¡Se ha quedado ciega para siempre!

CAPÍTULO IV



CHÓ Jerome una nueva ojeada al cablegrama que había recibido la semana anterior, mientras se dejaba caer en uno de los cómodos sillones del hotel.

“Llegaremos jueves. Stop. Espere vestíbulo del Monique Hotel. Stop. Saludos.”

Dobló el papel, metiéndolo de nuevo en el bolsillo de la chaqueta; luego encendió un cigarrillo, echando una ojeada en derredor suyo. El “hall” estaba medianamente lleno, ya que el hotel era de segunda categoría y no llegaban, en aquella época, muchos turistas a Venus.

Hacía demasiado calor en el planeta y los viajeros preferían Marte, mucho menos cálido.

Habían pasado dos semanas ya desde que Carol, acompañada por sus padres, tomó la astronave que iba a conducirles a la Tierra, donde se intentaría todo para dar a la pobre muchacha un rostro nuevo.

Pero no unos ojos.

Ploof había comprobado que el ácido que arrojaron al rostro de Carol alcanzó los globos oculares, destruyéndolos por completo. Nada se podía hacer, por lo tanto, para que la desdichada joven recobrase la vista.

Durante todo aquel tiempo, el joven doctor hizo lo que pudo por aclarar sus ideas, encontrando en su mente al culpable, debido a las sospechas que tenía.

¡Porque no le cabía la menor duda de que el juez Swain tenía que ver mucho con aquello!

Otra de las cosas que le hacía sospechar era la desaparición de Fred, del que no había vuelto a saber nada ni había vuelto a ver por parte alguna.

Por eso se decidió a relatar los hechos a la SIP.

Lo único que hizo fue enviar un rápido y corto informe, puesto que la policía de Venus se limitó a hacer algunas investigaciones que, por el momento, no habían aclarado absolutamente nada.

Ploof esperaba que los hombres de la “Spacial International Police”, a los que aguardaba en aquel momento, fuesen los únicos capaces de dilucidar el misterio, encontrando a los siniestros encapuchados, deteniéndolos y aplicándoles el castigo que merecían.

Estaba dando vueltas al asunto cuando vio a dos jóvenes, altos, fuertes, que se dirigían hacia el mostrador del recepcionista, que no tardó en señalarle, haciendo que los dos hombres se dirigiesen hacia él.

Se levantó, acortando la distancia que los separaba.

— ¿El doctor Ploof? — inquirió uno de ellos.

—Sí, soy yo.

El otro sonrió:

—Me llamo King y éste es Peter Slee. ¡Encantados de conocerle, doctor!

—Les esperaba con impaciencia.

—Lo comprendo—repuso el que no había hablado hasta el momento—. Hemos reservado unas habitaciones en el hotel. ¿Quiere subir con nosotros y charlaremos tranquilamente?

—Desde luego.

Tomaron el ascensor y penetraron, después, en una de las habitaciones que los dos agentes habían alquilado. Una vez sentados, uno de ellos telefoneó al bar para que les subiesen algo de beber.

—Bueno, doctor. Esperamos que usted nos explique el asunto.

Jerome no se hizo rogar, empezando su relato por el principio, sin omitir detalle, hasta el momento en que Carol fue descubierta en el viejo anfiteatro rocoso, a la orilla del río.

Los dos hombres le escucharon, sin más interrupción que el silencio que impuso la llegada del camarero.

—Bien. Esto parece un renacimiento del antiguo Ku-Klux-Klan que desapareció, a Dios gracias, en los Estados Unidos —dijo King cuando terminó su relato.

—En efecto.

—¿Sospecha de algo?

—Francamente, sí y no.

—¿Qué quiere decir?

—Verá usted, señor King. Ya conoce usted el asunto y puede pensar, como yo, que el juez no puede dejar de ser responsable, directa o indirectamente, de lo ocurrido.

—Eso es muy razonable. Antes me habló usted del hijo del juez.

—¿Fred?

—Eso es.

—Ha desaparecido.

—¿Está usted seguro de que no está en casa? Su padre, después de lo ocurrido, ha podido encerrarle, como castigo.

—No sé. Desde luego, Fred era un muchacho lleno de vida y no pasaba día que no se le viese en alguna parte de Lander Zone.

—¿De qué más blancos sospecha usted?

Jerome dijo:

—Vagamente de todos. Pero, sobre todo, de los que han manifestado, con más acuidad, una actitud hostil hacia los hombres de mi raza.

—¿Quiénes son?

—El doctor Wheeler, el juez Swain, Frank Outman y, en menor cuantía, Jerry Riley.

—¿Por qué sospecha menos de este último?

—Riley es el almacenista de Lander Zone. Y la mayor parte de las ganancias las obtiene del material y víveres que vende a los negros. Es

un hombre de negocios y no creo que le gustase perder sus clientes.

—Desde luego. ¿Hay algún blanco más?

—Algunos, en la zona más alejada de la comarca, pero tienen muy pocas relaciones con el resto; son pobres gentes, instaladas hace poco tiempo y que no se interesan más que por su trabajo.

— ¿Los cree incapaces de preocuparse por cosas raciales?

—Desde luego. Ya le he dicho que son gente humilde que mantienen relaciones con todo el mundo, sin importarles el color de la piel.

—Como debe ser.

Hubo una pausa; luego, Clayton King continuó diciendo:

—Perfectamente, doctor. Vamos a empezar a trabajar inmediatamente. Estaremos en contacto con usted y le iremos comunicando lo que vayamos consiguiendo.

—Muy agradecido.

—Por el momento, nos interesaría, para su propia seguridad, que si nos encontramos por Lander Zone, como si no nos conociese.

—Así lo haré.

— ¡Espléndido! Encantado de haberle conocido, doctor.

—Igualmente, digo.

Jerome abandonó la habitación, con el corazón henchido de esperanza. Ahora estaba seguro de que las cosas iban a orientarse de manera lógica. Aquellos muchachos de la SIP acabarían pronto con los encapuchados, demostrando a los fantoches disfrazados que no se podía jugar con algo tan pasado de moda y anormal como la lucha de razas y la segregación.

Se dirigía hacia la plataforma en la que había dejado su helicóptero cuando, de repente, una silueta familiar surgió ante él, caminando en el mismo sentido. Apretó el paso, tocando suavemente en el hombro de la mujer, que se volvió, sorprendida:

— ¡Dios mío! ¡Si es Je!

— ¡Buenos días, señora Howis!

La madre de Gladys estrechó su mano con calor y él admiró aquella belleza que había salido triunfante de los años y los sacrificios.

— ¿Qué haces aquí? — le preguntó ella, cogiéndose familiarmente a su brazo.

—He venido a recibir a dos agentes de la SIP.

— ¿Cómo? ¿Ya han llegado?

—Sí. He estado hablando con ellos en el hotel.

— ¿Cómo son?

— ¡Formidables! Ahora sí que podemos estar seguros de que los culpables serán castigados.

— ¡Dios te oiga! ¡Pobre Carol!

— ¿Sabes que hemos tenido noticias de sus padres?— dijo la señora Howis, después de una pausa.

— ¿Sí? Yo tuve carta hace más de una semana. ¿Qué dicen?

— Los pobres están muy afectados y quieren vender su propiedad.

— ¡Pero eso es una locura!

— Ya lo sé. Pero John, en su carta, se muestra decidido a no volver jamás aquí.

— Lo comprendo, pero...

— No sé si podremos convencerles. John desea escribirles para decirles que no hace falta que se sacrifiquen y que podemos arrendárselas hasta que todo haya pasado y se decidan a regresar.

Jerome se mordió los labios.

— No creo que lo hagan. No podrían soportar esto después de lo ocurrido. ¿Hablan de Carol?

— Sí. Parece ser que su rostro, aunque no tan hermoso como antes, cobrará un aspecto más... normal.

— Pero se quedará ciega.

La mujer no dijo nada, limitándose a asentir con un triste movimiento de cabeza.

Siguieron andando hasta llegar junto a la plataforma de aparcamiento en la que Ploof había dejado su coche.

— ¿Va a regresar a casa, señora? — inquirió él.

— No. Quiero hacer unas compras y me quedaré a comer en la ciudad. Tú ve para allá — sonrió—. Gladys se enfadaría si te retuviese.

— Si verdaderamente me necesita...

— No, de veras.

— Como usted quiera.

Volvieron a estrecharse la mano y él la contempló, mientras se alejaba calle arriba.

Sonrió al ver que los hombres se volvían a su paso, mirándola. Y se sintió orgulloso de aquella mujer y de la belleza que de ella había heredado su hija Gladys.

Momentos después, su aparato se elevaba rumbo a Lander Zone.

Jerome, durante el trayecto, se sintió más tranquilo, sabiendo que la mano de la justicia había llegado y que, tarde o temprano, la Lander

Zone se vería limpia del peligro de los encapuchados del Ku- Klux- Klan.

* * *

El hombre tenía el aspecto rudo y torpe de un campesino nato. Hasta su modo de llegar poseía una característica especial, ya que en vez de alquilar algún helicargo, se presentó en Lander Zone con media docena de camiones, de tipo antiguo, levantando una enorme polvareda a su paso.

Él iba en un “jeep todo-terreno”, delante de la anticuada caravana.

Cuando abandonó la carretera que conducía a la ciudad, tomó el camino que, obligatoriamente, pasaba ante el almacén de Riley, donde se detuvo, saltando del coche con una agilidad verdaderamente sorprendente.

Jerry, al que el ensordecedor ruido de los camiones había, sacado de detrás de su mostrador, salió al umbral, justo cuando el hombre saltaba del “jeep- oruga”.

El recién llegado era alto, de anchas espaldas, rostro abierto y sonrisa simpática. Tenía los cabellos rubios y los ojos azules. Al moverse hacia el almacenista, este se percató de que aquel hombre cojeaba un poco. Y cuando después de saludarle estrechó su mano, se dio cuenta de la rudeza de su piel, de las callosidades que la cubrían.

“Manos de campesino” — pensó.

—Me llamo Larson — dijo el hombre—. ¿Tiene algo de beber para los muchachos?

— ¡Desde luego! Todo lo que quiera.

Larson hizo un gesto y los conductores abandonaron los vehículos, gritando y corriendo hacia la tienda. Una vez dentro, se apoyaron en el mostrador, esperando que les sirviesen, cosa que se apresuró a hacer uno de los empleados de Riley.

Mientras, éste, al lado del hombre, que se había sentado a una mesa, le inquirió:

— ¿No quiere beber nada?

—Una taza de café. ¿Tiene tabaco de pipa?

—Sí.

—Traiga media docena de paquetes.

Obedeció el otro, sirviendo también un café en tanto que Larson llenaba su cachimba, concienzudamente.

— ¿Dónde se encuentra la propiedad de David Collins? —

inquirió después de haber encendido su pipa.

—El señor Collins ya no está aquí — repuso Riley, extrañado.

—Ya lo sé. Ahora es mía. Se la he comprado.

Jerry abrió los ojos, igual que platos.

— ¿Le ha comprado usted la propiedad?

—Sí. ¿Le extraña?

El otro hizo un gesto ambiguo.

— No es eso — dijo, con acento conciliador—. Lo que ocurre es que no sabía que podían venderse propiedades de Lander Zone sin el permiso del Comisario de Cultivos.

— ¿Quién demonios es ese tipo?

—El señor Outman. Ha dejado usted su casa a la derecha, a unas seis millas de la carretera por la que ha venido.

Larson se encogió de hombros.

—No creo que me importe mucho ese comisario o lo que sea. Tengo el documento de propiedad en orden y no consentiré que nadie se mezcle en mis asuntos.

Se veía a las claras que poseía un carácter poco cómodo y que era un hombre decidido.

Pero Riley, que se había interesado por cosas que, después de todo, no le incumbían, vio en él a un buen cliente.

Y con una sonrisa comercial le dijo:

—Ya sabe que si necesita algo, mi almacén está lleno de cuanto pueda hacerle falta.

—Sí. Ya veremos. Voy a descansar unos días y empezaré pronto a trabajar. Según me dijo el antiguo propietario, hay una cosecha para recoger.

—Es cierto. El pobre señor Collins no pudo atenderla. Ya sabe lo que le ocurrió, ¿verdad?

—Algo me dijo. Pero no acostumbro a meter las narices donde no me importa.

Riley acusó el golpe.

— ¿Trae esos muchachos para que le ayuden en las tareas?

Larson le fulminó con la mirada.

— ¿Es que cree que soy un tullido porque me haya visto cojear un poco?

—Yo...—balbució el otro, sin saber qué decir.

— ¡Me basto y me sobro para llevar todas las granjas de Lander Zone! He traído máquinas modernas y aún tendré tiempo de

descansar...

Se puso en pie.

— ¡Vamos, muchachos! No podemos perder más tiempo... ¿Qué le debo a usted?

—Cincuenta créditos.

El hombre sacó la cartera, abarrotada de billetes. Y con un gruñido protestó:

—No es que sea muy barato...

Riley no dijo nada, limitándose a devolver el cambio. Luego esperó a que la caravana se pusiera en marcha y cuando el último camión estuvo lejos, medio borrado por el polvo que levantaba, penetró en el almacén, corriendo hacia el teléfono y marcó, precipitadamente, un número.

— ¿Diga? — inquirió, al poco, una voz áspera.

—Soy Riley, señor Outman.

— ¿Qué ocurre?

—Acaba de llegar un tipo muy raro...; dice que ha comprado la propiedad de Collins y va hacia ella, con unos camiones llenos de cosas.

— ¡Pero eso es imposible!

—Eso es lo que yo le he dicho, que no puede comprarse ni venderse nada en Lander Zone sin comunicárselo a usted.

— ¿Y qué ha dicho?

— ¡Que nadie le movería de allí!

— ¡Eso es lo que veremos! Voy a llamar al juez e iremos los dos a visitar a ese hombre. ¡Gracias por el aviso, Riley!

—Ya sabe que me tiene siempre a su disposición.

Pero el otro había colgado ya.

* * *

Entretanto; Larson había llegado a la finca de los Collins, haciendo que los camiones se detuvieran junto a la casa; luego, cuando se disponía a entrar en la casa, lanzó un rugido.

— ¡Maldita sea!—exclamó, con cólera—. He olvidado que Collins me dijo que la llave estaba en casa de los... de los... ¿cómo demonios me dijo que se llamaban?

Buscó en uno de sus bolsillos, sacando un cuaderno que abrió, leyendo en el interior.

— ¡Aquí están! Los Howie... ¿Y dónde vivirá esa gente? Tendré

que volver al almacén... Pero, ¡qué diablos! La casa es mía y me costará mucho menos romper la puerta que ir a ver a ese hipócrita que me ha cobrado cincuenta créditos por algo que valía apenas veinte.

Los hombres de los camiones, agrupados, le miraban, sonriendo.

Decidiéndose, el hombre se acercó a la puerta y apoyándose en el borde soltó una patada con la pierna sana.

Pareció como si una catapulta hubiera caído sobre la puerta, que saltó sobre sus goznes, siendo arrancada de cuajo.

— ¡Vaya fuerza!—exclamó uno de los conductores—. ¡Ese viejo debe estar hecho de acero!

Pero Larson no les escuchaba. Había abierto la puerta, que era lo que deseaba y ahora, una vez dentro, recorría la casa, hasta que encontró el llavero con las llaves de los almacenes y el garaje.

Cogió todas ellas y salió, indicando a los muchachos que le siguiesen. Momentos más tarde, los hombres empezaron a colocar la maquinaria en lo hangares amplios que había tras de la casa.

Mientras tanto, Larson había cargado nuevamente la pipa y desde la entrada de la casa miraba la extensión de los campos, donde la cosecha, magnífica, se extendía hasta el horizonte.

Sonrió, satisfecho.

Y fue entonces cuando su atención se vio atraída por el ruido de un helicóptero que se acercaba y que, después de sobrevolar la propiedad, terminó posándose en las cercanías.

Dos hombres descendieron del aparato.

CAPÍTULO V



ARSON no se movió, esperando que los recién llegados se acercasen, cosa que éstos hicieron, echando antes una mirada a los que estaban descargando los camiones.

— Soy Frank Outman —dijo uno de ellos, al detenerse ante el viejo—, comisario de Cultivos en Lander Zone. Y este señor es Lewis Swain, juez de esta demarcación judicial.

Ambos extendieron la diestra, pero tuvieron que retirarlas, ya que el viejo no sacó las manos de los bolsillos, donde las había metido

momentos antes.

— He oído hablar de usted —dijo el comisario—. Y supongo a lo que viene, lamentando decirle que ha perdido el tiempo.

El rostro de Outman se congestionó, haciendo aparecer en su ancha nariz una gran cantidad de vénulas azules que dibujaban sobre la blanca piel una complicada hidrografía.

—No es una manera correcta de recibir a las autoridades de Lander Zone, señor Larson. Hemos venido a saludarle, por el momento; aunque, poniéndose usted así, tendré que decirle que la compra que ha efectuado no será válida mientras no sea revisada por nosotros..., cosa que dudo aceptemos así como así.

El viejo se quitó la pipa. Y con una sonrisa burlona les repuso:

— ¿Green ustedes, pareja de petimetres, que van a echarme de aquí después de lo que he pagado?

—No tendremos más remedio.

Larson se encogió de hombros,

— ¡Inténtelo!

—Lo haremos, con la ayuda de la policía de la ciudad,

— ¡Háganlo! — Y miró a los hombres que descargaban en aquel momento una caja—. ¡Eh, muchachos! No meted eso en el almacén. Traedlo aquí.

Dos de los hombres llevaron la caja, deteniéndose ante Larson.

— ¿Dónde la ponemos? — inquirió uno de ellos.

—Dejadla aquí. Justamente viene al pelo...

E inclinándose, cuando la caja estuvo ante él, sacó un llavero, abriéndola, de golpe, de par en par.

En el interior había dos rifles modernos y el fondo estaba lleno de cajas de municiones.

Sonrió, señalando el contenido, pero mirando a los dos hombres.

—Cuando haya acabado con todo este, es posible que deje la finca..., pero alguien habrá, dejado la piel antes.

Outman se encogió de hombros.

—Vamos, Lewis — dijo.

Se dirigieron de nuevo al helicóptero, que momentos después se remontaba en el espacio, alejándose hacia el Norte.

Larson sonrió.

Luego se cargó la caja como si tal cosa, pasando al interior de la casa recorrió totalmente, haciendo gestos de asentimiento al ver que

era tan hermosa como le habían dicho.

Finalmente, fue a la cocina y preparó café y bocadillos para los hombres, junto a los que comió, sin despegar los labios. Terminado el ágape, sacó la voluminosa cartera, pagándoles.

—Ya podéis iros, chicos. ¡Y gracias por todo!

El rumor de los camiones fue apagándose a lo lejos. Larson, en la puerta de la casa, fumaba filosóficamente su pipa cuando vio un nuevo helicóptero que volaba sobre su finca.

— ¿Otra vez?—se, preguntó, molesto, frunciendo el ceño.

Pero el aparato, que terminó por posarse en la pista, le dejó ver que sus ocupantes no eran los de antes. En efecto, cuando la cabina se abrió, una pareja joven descendió, avanzando hacia la casa.

A Larson le llamó la atención el color de la piel de ella, mucho más claro que la del joven. La muchacha era muy hermosa y caminaba cogida de la mano del joven, viéndose en seguida que ambos estaban seria y definitivamente enamorados.

Fue el joven quien rompió el silencio, al llegar junto al viejo.

— ¡Buenas tardes, señor!

—Buenas tardes.

—Pasábamos por encima y hemos visto que estaba usted..., yo soy el doctor Ploof y esta señorita es la hija de su vecino, el señor Howis.

— Me llamo Larson — dijo el hombre, estrechando la mano que el otro le tendía — y soy el nuevo propietario de esta finca.

Ahora fue la muchacha la que exclamó, con asombro:

— ¿Cómo? ¿Ha vendido el señor Collins su propiedad?

—Así es, señorita.

— ¡No nos ha dicho nada!

—No le extrañe. Lo decidimos en un abrir y cerrar de ojos. Ya me habló de ustedes, diciéndome que eran sus mejores amigos.

— ¿Sigue en Los Ángeles?

—Sí; pero ¿por qué no pasan dentro?

Lo hicieron, sentándose en el salón que ambos jóvenes conocían tan bien.

— ¿Cómo sigue Carol, señor Larson? — inquirió Gladys.

—Yo no la he visto, aunque su padre me habló de ella y de lo que ocurrió aquí, pero de una manera un tanto precipitada. ¿Qué sucedió, exactamente?

Jerome le hizo un relato detallado, sin que Larson le

interrumpiese una sola, vez.

—No creí que esas estupideces raciales pudieran existir todavía, ¡Qué ridiculez!—dijo meneando la cabeza.

Hizo una pausa, para encender la pipa.

—Claro que a mí no me tienen que venir con esas tonterías. Justamente deseaba hablar con su padre, señorita Howis.

— ¿Para qué?

—Para que me dejase unos cuantos obreros para recoger todo lo que el señor Collins tuvo que dejar aquí.

—Yo no quiero inmiscuirme en sus asuntos, señor Larson — intervino Jerome—, pero es muy posible que no siente bien que emplee obreros de color en vez de blancos. El comisario Outman puede procurarle recolectores de la ciudad.

—Ya conozco a ese comisario. Ha estado aquí hace poco para decirme que mi compra no era legal.

— ¿Es que no ha presentado la escritura a su firma?

— ¡Ni pienso hacerlo!

Siguieron hablando, de una y otra cosa. Hasta que los jóvenes se despidieron, siendo acompañados por Larson hasta la puerta.

—Hablaré a papá de esos hombres que usted necesita— dijo Gladys—. Puede contar con ellos.

Larson exclamó:

— ¡Muchas gracias, señorita!

Ploof no despegó los labios hasta que el aparato no se hubo alejado de la finca, rumbo a la casa de Gladys.

— ¡Ese hombre está loco!—exclamó—. Quiere atraer hacia su cabeza toda clase de desgracias.

— ¿Por qué? Yo lo encuentro encantador.

—Todo lo que tú quieras, pero no creo que dure mucho tiempo aquí,

— ¿Crees que el Ku-Klux-Klan le atacará?

—Puedes estar más que segura. ¿No comprendes que el Klan lo forman, sin duda alguna, el juez y algunos otros más?

— ¿Y los policías que han llegado de la Tierra?

— ¿Los de la SIP?

—Sí. ¿Es que no van a hacer nada?

— ¡Claro que lo harán! Deben estar ya trabajando, vigilando Lander Zone, haciendo indagaciones. Pero ahora que me lo recuerdas, voy a llamarles, mañana, para decirles lo de este pobre hombre...,

antes de que sea tarde.

* * *

La noche sorprendió a Larson arreglando la puerta que había derribado. Sentado en el suelo, con un destornillador puso los tornillos en los goznes, montando después una cadena de seguridad detrás de la puerta.

Satisfecho, se puso en pie, yendo hacia el interior de la casa para abrir, una vez más, la caja que había mostrado a sus visitantes de primera hora. Sacando de ella uno de los magníficos rifles, le adaptó un telémetro, cargándolo después y echándose unos cuantos cartuchos en los bolsillos de su amplia chaqueta de pana.

Luego salió, entornando la puerta lo bastante para que pareciese cerrada desde fuera.

La noche no era excesivamente oscura, a pesar de algunas nubes vagaban por el cielo, creando momentos de negrura intensa, aunque la visibilidad era bastante buena.

Larson caminó por el paseo central, que dividía sus campos en dos mitades. Las plantas mostraban por doquier una exuberancia verdaderamente magnífica y el viejo campesino las contempló con alegría.

Así, lentamente, se fue dando cuenta de las proporciones gigantescas de la finca y del trabajo delicado que su antiguo dueño había realizado en ella.

Pero había algo de extraño en la actitud de Larson. Aunque estaba positivamente entusiasmado con el aspecto de la colosal cosecha que se extendía hasta el horizonte, desdichadamente invisible en la noche, caminaba con precaución, con el rifle entre las manos, como si esperase algún peligro que ya planease sobre él.

Y es que la actitud del comisario de Cultivos no podía hacerle esperar nada bueno. Y, además, lo poco que podía haberle contado Collins le había puesto en guardia.

Cuando, unos minutos más miró el apagado ruido de motores que venía de lejos, frunció el ceño y sus manos apretaron aún con más fuerza el arma.

Mirando a la negrura del cielo, atentó, vanamente, descubrir el origen y la dirección de aquellos ruidos que iban creciendo por momentos. No mostraba ningún nerviosismo, pero los músculos de su rostro estaban contraídos con fuerza, como si se preparase a entrar en acción.

Los motores eran ya perfectamente audibles y su proximidad se

hacía manifiesta.

Larson llegó, en aquel momento, junto a una pequeña barraca que los campesinos debían utilizar para resguardarse si alguna fuerte tormenta, que en Venus adquirirían características de trombas tropicales, les sorprendía lejos de la casa.

La puerta estaba abierta y el viejo penetró un poco en el interior, asomándose y viendo que las paredes eran de aluminio, lo que le demostraba que había sido trasladada allí y que se trataba de una edificación prefabricada.

Se adelantó un poco más, al tiempo que los motores ensordecían con su rumor potente.

La luz de las estrellas debió hacer brillar el cañón de su rifle y, al mismo tiempo que adivinaba más que veía las siluetas de los helicópteros que atravesaban el espacio, vio una especie de extraña lluvia que, paradójicamente, en aquella noche tranquila, caía del cielo.

Un olor fuerte, cáustico, llegó hasta él.

Sin pensarlo un instante más, corrió cuanto pudo, lanzándose casi de cabeza a la barraca, cuya puerta cerró precipitadamente tras él. El rugido de los motores pasó en aquel momento por encima de él.

Comprendiendo apenas lo que estaba pasando, Larson rompió el cristal de la ventana con el cañón del rifle, asomándolo por allí para hacer fuego, por dos veces, sobre los aparatos que se alejaban.

— ¡Malditos! — rugió.

Estaba casi seguro de haber tocado a uno de los aparatos, pero recordó que disparando demasiado bajo, no pudo nunca dar donde debía haber apuntado: al rotor, que hubiese hecho saltar las palas estabilizadoras, precipitando el helicóptero al suelo.

Aún maldecía cuando un nuevo aparato apareció ante su punto de mira.

— ¡Esta vez no te escaparás, canalla!—rugió.

Toda su furia desapareció como por ensalmo y una tranquilidad completa le permitió apuntar a la sombra que se deslizaba sobre él, encontrándola en el mismo centro del punto de mira.

Disparó con la completa seguridad de que esta vez daría en el eje del rotor vertical.

Y cuando vio que el aparato caía, no desde mucha altura, ya que volaba apenas a una media docena de metros del suelo, lanzó una exclamación de gozo:

— ¡Has caído, perro!

Salió entonces de la cabaña, viendo en seguida el brillo que cubría ahora las plantas, pero, en aquel momento, convencido casi de

lo que había hecho, sólo le interesaba saber quién era el autor de aquel atentado.

Y corrió hasta detenerse cerca del aparato que se había destrozado bastante al caer al suelo, pero no lo suficiente para causar la muerte de sus dos ocupantes, que en aquel instante salían, quejándose uno de ellos, de la cabina irrompible de plastikón.

Les apuntó con el rifle.

— ¡Arriba las manos, granujas! Y no bromeo..., el primero que se mueva le deshago la cabeza.

Los dos hombres, jóvenes ambos, obedecieron, levantando las manos y mirando al hombre con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Nosotros... — intentó decir uno de ellos.

— ¡Silencio! Ya hablaréis luego... Echad a andar y no haced tonterías. Dispararé a la menor sospecha. Id por el camino... ¡En marcha y sin bajar los brazos!

Empezaron a caminar dirigiéndose a la casa, a la que llegaron momentos después, deteniéndose los jóvenes al llegar ante la puerta.

— ¡Empujadla! —ordenó el viejo—. Sólo está entornada.

Una vez en el interior de la casa, Larson procuró encender la luz antes de que los otros dos avanzasen demasiado, pudiendo entonces perderse en la oscuridad, les obligó a sentarse en los sillones del “living”, teniendo las manos en la nuca.

— ¿Estáis contentos, eh? — inquirió.

—Nosotros...

Larson les atajó:

— ¡A callar! Cuando yo haya acabado de hablar, lo haréis vosotros..., y juro que hablaréis todo lo que yo deseo que hagáis.

Hizo una pausa.

Se había sentado sobre el brazo del otro sillón, en el extremo opuesto de la estancia, teniendo el rifle en las manos, apuntando a los dos hombres.

—En cuanto vi aquella especie de lluvia me imaginé lo que estabais haciendo... ¡Hormonas ácidas! Fitohormonas..., eso es lo que habéis lanzado sobre las plantas, destrozando la cosecha de una manera criminal... ¡Pero pagaréis eso, aunque sea la última cosa que haga en la vida!

— ¿Quién es el jefe? ¿El juez o ese granuja de comisario de Cultivos? — preguntó después de un nuevo silencio.

—Nosotros...

— ¡Silencio! No quiero más que el nombre del jefe... ¡Y aprisa!

Porque tengo muy poca paciencia y este gatillo es muy flojo.

El rumor cercano de un motor hizo que el viejo Larson lanzase una rápida ojeada hacia la puerta, que había quedado semicerrada.

—Deben ser vuestros amiguitos que vienen para saber por qué os habéis retrasado... ¡Las manos quietas, imbéciles! — ordenó, frunciendo el ceño.

El aparato acababa de posarse junto a la casa y Larson se movió, dirigiéndose al fondo de la estancia, con el rifle en vanguardia, apuntando al mismo tiempo a los dos hombres y a la puerta,

— ¡Si hacéis el menor ruido o la más pequeña advertencia — dijo —, os dejo secos!

Ni uno ni otro se movió.

Momentos después, unos pasos se dejaron oír y alguien llamó a la puerta.

— ¡Adelante! —rugió el viejo.

El rifle describió un movimiento hacia la entrada, pero pronto volvió a apuntar a los dos prisioneros, ya que en el umbral apareció Gladys seguida por el doctor Ploof.

Jerome miró, sin dar crédito a lo que tenía ante, los ojos, la escena del salón.

Luego, mirando a Larson, dijo:

—Estaba con mi prometida cuando nos pareció oír disparos hacia este lado y vinimos para ver si le había ocurrido algo, señor Larson,

— ¡Sé cuidarme! — gruñó Clement—, ¡Aquí tienen la demostración! He cazado a estos dos pájaros que, junto con otros, han destruido mi cosecha.

Jerome miró a los dos hombres, y luego al viejo.

— ¡Pero sí estos dos hombres son agentes de la SIP, señor!—dijo vacilante, con voz indecisa.

— ¿Eh? ¿Qué clase de cuento es ése?

—Quisimos decírselo, doctor. Pero no nos dejó ni hablar — intervino King.

Larson parecía afectado y dejó de apuntar. Los dos agentes bajaron los brazos.

—Estábamos patrullando sobre Lander Zone cuando vimos cuatro helicópteros que se dirigían hacia acá. Sospechando que sus intenciones no fuesen buenas, ya que llevaban las luces de a bordo apagadas, les seguimos. Y cuando casi los alcanzábamos, un disparo de este hombre nos echó al suelo — dijo Slee.

Deseando suavizar la situación, el doctor sonrió, diciendo:

—Estoy seguro, amigos, que el señor Larson obró a la buena de Dios, tomándoles por lo que no eran.

— ¡Alto ahí! — saltó el viejo, como si le hubiera picado una víbora—. Yo sé justificarme solo, doctor. ¡Pero ahora no me da la gana hacerlo! Usted dice que estos dos hombres pertenecen a la SIP, pero yo no lo creeré hasta que me hayan enseñado las credenciales. ¡No me fío de nadie en Lander Zone! Ocurren demasiadas cosas para poder fiarse de la gente.

Sonrientes, los dos agentes se acercaron al viejo, poniéndole las credenciales bajo la nariz.

—Clayton King — leyó Larson — y Peter Slee... Está bien: les ruego que me perdonen, pero ya comprenderán que, después del destrozo que me han hecho en la cosecha y yendo ustedes detrás de esos granujas, estaba justificado que me equivocase.

—Todo está olvidado— dijo King.

CAPÍTULO VI



UANDO Jerome acompañó a su casa a Gladys, después de dejar a los dos muchachos de la SIP en la casa que éstos habían alquilado, junto a

la carretera que iba hacia la ciudad, la mansión de los Howis estaba sumida en el silencio y la oscuridad de la noche.

Ploof dejó el helicóptero lo bastante lejos de la casa para no despertar a los que dormían con el ruido de los motores. Luego, cogido del brazo de su amada, avanzaron hacia la mansión.

— ¡Lástima que Larson, sin darse cuenta, detuviese a esos muchachos cuando estaban dando caza a los del Klan!

—Sí —dijo ella—Ha sido una lástima, pero el señor Larson obró con valentía y enfurecido por lo que le han hecho.

— ¡Es horroroso! ¡Qué hermosa cosecha destrozada! ¿Te imaginas lo que ha perdido Larson?

Ella asintió:

—Estamos pasando días muy malos, querido. Lander Zone se está convirtiendo en un verdadero infierno.

—Yo confío en los agentes de la SIP.

—Y yo también.

Él sonrió.

—Nada importa — dijo después — que hayan fallado esta vez. Estoy seguro de que esos muchachos saben ya mucho más de lo que aparentan y que, uno de estos días, nos darán la agradable sorpresa de decirnos que los culpables han sido detenidos. La Spacial International Police no falla nunca.

Habían llegado juntos a la puerta y cuando la muchacha introdujo la llave en la cerradura, dijo:

— ¿No pasas un poco, Je?

— ¿No crees que ya es demasiado tarde, querida?

—No importa..., no haremos ruido. Beberemos algo y luego te irás.

—Como quieras.

Abrió ella la puerta, oyéndose entonces el golpe en la planta superior.

—Han debido dejar una ventana abierta—dijo Gladys—, Y hay corriente.

Cerró el joven y ella encendió la luz. Sólo entonces vieron el papel que había sobre la mesa, arrugado y con manchas de humedad reciente.

— ¿Qué es eso?

Gladys se acercó a la mesita, desarrugando el papel y leyendo después su contenido,

— ¡Jerome!

Se acercó el doctor a ella.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Dios santo! ¡Lee esto!

Tendió el papel al joven.

Las pocas frases que allí había estaban escritas a máquina:

“No podemos permitir que una mujer blanca, como tú, siga unida a un hombre de color, y como sabemos que te negarás a separarte de él, dejando de ofender a tu propia raza, preferimos llevarnos a tu hijo, producto obsceno de una unión sucia, hasta que vengas a nuestro encuentro para ponerte al lado de los tuyos.

El Ku-Klux-Klan de Lander Zone.”

— ¡Jim!— gritó la muchacha—. ¡Jim! ¡Hay que advertir a papá y a mamá!

Corrió, escaleras arriba, dejando a Jerome con el papel en las manos, presa de una agitación creciente, viendo que se derrumbaban todas sus hermosas esperanzas.

Su confusión mental duró, no obstante, muy poco. Y corriendo hacia el teléfono, marcó el número de los agentes de la SIP.

Momentos después Slee estaba al aparato.

— ¿Diga?

—Aquí, el doctor Ploof.

— ¡Hola, muchacho! ¿Ocurre algo?

— ¡Vengan en seguida, por favor, a la casa de Gladys! ¡Se han llevado al pequeño Jim!

— ¡Maldición! Está visto que no paran un solo instante. Llegaremos en seguida.

—Gracias.

Jerome se separó del teléfono, viendo entonces que Gladys descendía por la escalera, seguida de cerca por su padre, que se vestía aún, abrochándose la camisa.

— ¡Mamá tampoco está en casa! — le gritó la joven, aún antes de terminar de bajar la escalera.

—Cálmate — repuso Ploof—. Acabo de llamar a los de la SIP.

John estaba ya junto a ellos.

— ¿Cómo es posible — dijo — que no me haya dado cuenta de

que Myriam se había ido de mi lado? ¡Ni la he oído levantarse!

—Debieron llamar a la puerta — explicó Jerome— y ella bajó, encontrándose que se habían llevado a Jim y dejado este papel. ¡Ahora me explico las lágrimas que han manchado el papel!

Howis cerró los puños.

— ¿Qué va a ser de nosotros, Je? Primero David, luego nosotros..., veo que conseguirán echarnos de Lander Zone. Porque eso es lo que se proponen: ¡Quieren nuestras tierras!

—No podrán conseguirlo, señor — repuso el médico—. Terminarán cazándolos y entonces lo pasarán mal.

—Todo lo que quieras; pero, por el momento, somos nosotros los que estamos pasando unos momentos horribles.

— También los ha pasado el señor Larson.

— ¿Le han hecho algo?

Jerome explicó al viejo lo acontecido a Larson.

— ¡Es indigno! ¡Jamás creí que los del Ku-Klux- Klan fuesen algo más que un cuento olvidado para inculcar miedo a los niños! ¡En nuestro siglo! ¡Qué vergüenza!

Un motor se dejó oír.

Instantes más tarde, Gladys, que había corrido a abrir la puerta, se hacía a un lado para dejar pasar a los hombres de la SIP.

Después de hacerse explicar todo, King, cuya expresión se había ensombrecido, dijo:

— ¡Esto no puede seguir así! Vamos a patrullar mi amigo y yo... y les prometo resolver este asunto esta misma noche. Hasta ahora, hemos tenido un poco de mala suerte y hemos obrado con un tanto de prudencia; pero ahora—y sacó su pistola — vamos a obrar de la misma manera que ellos..., ¡y caiga el que caiga!

Se despidieron de la familia y del doctor, prometiendo regresar a la casa hacia la madrugada.

El motor de su helicóptero se perdió, a poco, en el silencio tranquilo de la noche.

* * *

Jerome se quedó en casa de los Howis. Sentado, como la muchacha y su padre, estuvieron esperando en el salón, sin romper apenas el silencio que había caído sobre ellos, más bien dedicándose cada uno por su parte, a meditar en los tristes acontecimientos que, desde hacía poco, habían modificado tan profundamente sus vidas.

La llegada del alba desperezó un tanto a Gladys que,

levantándose, dijo:

—Voy a preparar un poco de café.

Lo tomaron poco después, justo cuando el motor del helicóptero se dejaba oír de nuevo. Incapaces de permanecer quietos, se incorporaron, corriendo todos hacia afuera, donde vieron posarse el aparato.

Se acercaron a él.

King, que descendió el primero, arboraba una sonrisa tranquilizadora. Y cuando vio a su esposa, echada en la parte posterior de la cabina, no pudo por menos de gritar:

—¿Qué le ha pasado? ¿Qué ha ocurrido?

—No se alarme, señor Howis —repuso el agente—. Su esposa está bien. Una pequeña herida en la pierna.

—¿Y Jim?

—Ahora hablaremos de todo eso.

Myriam salió, ayudada por el otro agente, arrojándose en brazos de su esposo y rompiendo a llorar desconsoladamente.

—Ayúdenos, amigo. Hay otro pasajero en el aparato..., aunque no puede moverse ya—dijo King, dirigiéndose al doctor.

El otro agente había abierto el espacio posterior, destinado a los equipajes y Ploof vio el cuerpo tendido del hombre, cuyo pecho estaba cubierto de sangre.

Llevaba puesto un traje de Klan, pero le habían quitado el capuchón que ahora yacía a su lado.

Tendió las manos para recogerlo con cuidado; pero King, que estaba a su lado, dijo:

—No tema, doctor..., está muerto.

Jerome no pudo evitar un estremecimiento.

Ayudando a Clayton, trasladó el cadáver al garaje de los Howis, dejándolo junto a la puerta, que estaba cerrada.

—Vamos a la casa—dijo el agente, después de cubrir el cuerpo del encapuchado con una tela impermeable—. Luego nos ocuparemos de él. Todavía no le hemos identificado.

El médico siguió al joven. Antes de llegar a la casa, el otro agente se unió a ellos.

En el interior, Myriam, sentada en un sillón, seguía llorando, rodeada por su hija y su esposo. La entrada de los jóvenes hizo que John levantara la cabeza, mirándolos interrogativamente.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió.

—Fuimos a patrullar y tuvimos la suerte de caer sobre una reunión de esos fantoches. Su esposa estaba atada a una especie de tronco, clavado en el suelo.

—Aterrizamos cerca y les sorprendimos, empezando un tiroteo intenso. Uno de los encapuchados cayó, su cadáver está fuera, y los otros huyeron. Pero esos cobardes, al verse perdidos, tiraron contra su esposa, y una bala le dio en la pierna...

— Voy a ocuparme de eso — intervino el médico, acercándose a la mujer.

— ¿Y mi hijo? — volvió a preguntar el granjero.

Clayton, el agente de la SIP, bajó la cabeza.

—Es mejor que sea su esposa quien le explique, señor Howis— dijo el agente con un hilo de voz.

La mujer, a la que estaba curando Jerome, levantó la cabeza mirando a su esposo.

Había dejado de llorar, pero tenía los ojos rodeados de un halo que los hacía aún más grandes y más hermosos.

—Me lo dijeron varias veces, John —dijo, con una voz en la que se transparentaba la emoción y el dolor que experimentaba—. Me dijeron que sólo había una manera de que volviese a ver vivo a Jim,

— ¿Cuál?

—Que pusieses la escritura de todo a mi nombre..., y que os fueseis, la niña y tú. Sólo entonces dejarían libre a Jim.

Hubo un silencio.

Luego, Myriam, bajando de nuevo la mirada, continuó:

—Me dieron todo el día de hoy. Sí esta noche no se ha hecho lo que me exigieron..., Jim..., Jim...

Los sollozos la interrumpieron definitivamente.

Su esposo se acercó a ella y acariciándole los cabellos, le dijo:

—No temas, querida. Antes de nada, deseo que nuestro pequeño Jim no corra ningún peligro. Pondré todo a tu nombre y nos iremos.

—Además, yo creo, papá — dijo Gladys—, que no tiene importancia lo que piden, ya que la propiedad, siendo de mamá, seguirá siendo tuya.

— ¡Esos hombres son unos fanáticos!—exclamó King—. Está visto que ni siquiera son inteligentes...

El médico, que había terminado de vendar la pierna de Myriam, se incorporó, mirando al agente que había hablado.

— ¿Por qué dice usted eso, señor King?

—Porque, sencillamente, si fueran delincuentes inteligentes, exigirían, por ejemplo, que la finca pasase a su nombre, al nombre de ellos o al de uno de sus cómplices, para no descubrir su personalidad.

—Tiene usted razón — aseveró Gladys.

—Lo que ocurre — siguió diciendo King — es que se dejan llevar por ese rabioso odio de razas; eso es todo. Quieren hacer que los negros desaparezcan de aquí y poco les importa, en el caso de ustedes, que la señora se haga cargo de lo que ya es suyo.

— ¡Es ridículo!

—De todos modos, exigen que una familia bien avenida se separe. ¿No les parece esto suficiente maldad?

—Desde luego — replicó Slee, el otro agente—. ¡Lástima que no pudiésemos cazarlos a todos, o por lo menos al jefe!

—Ya lo harán — dijo Jerome—. Por el momento, ya han conseguido liberar a la señora Howis y poner fuera de combate a uno de esos canallas. Eso les hará comprender que la lucha no va a ser, desde ahora, tan cómoda como ellos hubieron pensado.

— ¡No lo sabe usted muy bien, doctor! —repuso King—. Desde ahora, la SIP va a utilizar, en nuestras manos, los argumentos más convincentes. Haremos guardia todas las noches y los iremos cazando como conejos. Si es necesario, telegrafiamos a Washington para solicitar refuerzos. Pero yo les aseguro que no tardarán mucho en ver a Lander Zone volver a la normalidad y en contemplar a esos granujas camino de la prisión.

— ¡Ojalá sea pronto!

Hubo una nueva pausa, que Gladys aprovechó para, ayudada por su prometido, llevar a su madre a su habitación, de manera que descansase un poco.

Mientras, los dos agentes de la SIP se quedaron con el dueño de la casa. Y uno de ellos, Slee, dijo a continuación;

— ¿Va usted a hacer lo que los encapuchados piden?

—Sí. Esta misma mañana — repuso el hombre, cuyo rostro estaba lleno de arrugas.

— ¿Y también piensa irse?

—Sí. En cuanto Jim esté a mi lado me iré; hasta que todo esto se haya arreglado.

— ¡Tengo una idea! — exclamó, desde la escalera, Ploof, que descendía en aquel momento.

Después, cuando estuvo junto a los otros, puso su mano sobre el hombro de John.

— ¿Por qué no vienen a mi casa, señor Howis. Pueden estar fuera de ésta, cumpliendo las órdenes de esos fantoches y, al mismo tiempo, no estar muy lejos de su esposa.

Un brillo de esperanza lució en las pupilas del viejo.

— ¿No te molestaremos, muchacho?

Jerome rio.

— ¡Qué va! La casa es grande y hay sitio para todos. Además, señor Howis, hablando francamente, no deseo que Gladys se aleje en estos momentos. Prefiero tenerla a mi lado. Lo comprende usted, ¿verdad?

—Sí, Je, lo comprendo. Y te agradezco todo lo que haces.

Los agentes dejaron extenderse un poco la pausa que de nuevo se había hecho.

—Tengo que pedirles algo, señores — dijo King, momentos más tarde.

— ¿De qué se trata?

—Han de ayudarnos a establecer la identidad del hombre que tenemos en el garaje.

—Yo no le conozco — dijo el médico.

Pero King, mirando al viejo, le preguntó:

— ¿Le molestaría echarle una ojeada, señor Howis? No lleva documentos de ninguna clase y...

—Sí — repuso John —. Vamos.

Abandonaron la casa y se dirigieron hacia el garaje. Gladys no les acompañaba.

Una vez ante el cuerpo, Slee lo descubrió, tirando de un extremo del hule con que lo habían cubierto.

John se inclinó, mirando atentamente el rostro de aquel hombre.

— ¿Le conoce usted? — se impacientó King.

El viejo se incorporó.

—Sí — dijo— Es Harry Stem.

— ¿Quién era?

—Un colono blanco, recientemente llegado. No creo que lleve más de un año en Lander Zone...

— ¿De qué lo conocía usted?

—Vino a verme, al llegar, con su esposa. Se habían gastado todo el dinero que tenían en el viaje... y pedían trabajo hasta reunir lo que necesitaban para pagar el primer plazo de la pequeña propiedad que deseaban comprar para instalarse...

Hizo una pausa.

Luego, con voz triste, continuó:

—Yo le presté el dinero que necesitaban, ya que hubieran tardado mucho en reunirlo trabajando.

— ¿Cómo?—inquirió Slee—. ¿Usted le prestó el dinero?

—Eso es.

— ¿Se lo devolvió?

—No..., pero eso no tiene ninguna importancia.

— ¡Es inaudito!—saltó King—, Les ayuda usted y... ¡miren cómo se lo ha pagado! ¡Maldito desagradecido!

John meneó la cabeza.

— Yo siempre he respetado a los muertos — dijo—, Y este hombre ha pagado ya sus culpas... No sé cómo el odio puede llegar a cambiar a una persona de este modo.

— ¿Por qué dice usted eso? — inquirió Jerome.

—Porque Harry era una buena persona y yo no suelo equivocarme al juzgar a los que llaman a mi puerta.

Ploof estaba emocionado de tanta bondad.

— ¿Cómo va usted a hacer el cambio de escritura? — inquirió King.

—Estaba pensando justamente en eso —replicó el viejo—, Voy a hacer una autorización y Jerome irá a llevarla al comisario de Cultivos. Yo no me encuentro con fuerzas de ir hasta allí. Luego, cuando nos devuelvan a Jim, esta tarde, nos iremos a casa del doctor.

—Nosotros también vamos a irnos — dijo Slee—, Queremos enviar un informe a la Central,

CAPÍTULO VII



L helicargo se posó, dulcemente, en la pista de la casa de los Howis. Y

el viejo Larson bajó del aparato, echando a andar, con su sempiterna cojera, hacia la mansión.

Llevaba el rifle, su amigo inseparable, a la espalda.

Llamó a la puerta esperando pacientemente que le abriesen, cosa que tardó algunos minutos en producirse. Luego, cuando el rostro del viejo John apareció en la puerta, le dijo:

—Buenas tardes, amigo — saludó el recién llegado—. Soy Clement Larson.

—Pase, por favor.

Una vez dentro, John indicó uno de los sillones a su visitante.

— ¿No le dijo nada su hija, señor Howis? — inquirió el visitante.

—Si. Me habló de su llegada y de que necesitaba usted algunos hombres para la..., pero no creo que quede mucho de la cosecha, ¿verdad?

Larson asintió.

—No, no queda casi nada: esos granujas hicieron bien su trabajo de destrucción.

— ¿Entonces?

— Vengo a pedirle, no obstante, esos hombres. Quiero arrancar todas las matas afectadas y preparar la tierra para otra cosecha.

— ¿No se da por vencido?

— ¡Claro que no!

—Es extraño que usted haya sido el único hombre blanco al que los del Klan hayan atacado.

—No debo haberles sido muy simpático— rió el viejo zorro —. Ya saben que tendrán que apretar mucho si es que quieren que me vaya, cosa de la que no estoy muy seguro que lograrán.

—Le odiarán más si toma peones de color, señor Larson. ¿Ha pensado en ello?

—S'. Pero si lo que teme usted es que les ocurra algo, deseche sus temores. Estaré al lado de mis hombres, con el rifle bien cargado. ¡Y ya saben esas sabandijas que mi puntería no es mala!

— ¡Lástima que hiciese usted caer el aparato de los agentes de la SIP!

—Sí, fue una pena. Pero estoy seguro de haber dado a uno de los de ellos, aunque desdichadamente no fue en el rotor.

— ¿Sabe que han matado a uno de los del Klan?

Larson abrió los ojos, sinceramente asombrado

Y el otro le relató todo lo que había ocurrido durante la noche.

— ¿Así que han raptado a su hijo?

—Sí, pero creo que me lo devolverán esta tarde. Gladys y el doctor, su prometido, han ido al despacho del comisario para legalizar el cambio de propiedad.

— ¡El comisario! ¡Menudo tipejo! No me gusta adelantar nada, pero casi estoy seguro que en uno de sus armarios debe haber un capuchón de ésos.

— ¿Usted cree?

— ¡Naturalmente! El Juez y ese comisario de los demonios deben pertenecer al Klan. Pero, ¿cómo demostrarlo? He ahí el hito...

—Los muchachos de la SIP lo harán.

—Pero les costará lo suyo, se lo aseguro... ¡Maldita sea por no tener yo ahora unos años menos y mi pierna en buen estado! No me entretendría en preparar cosechas. Cogería el rifle y no pararía hasta haberles llenados las tripas de plomo. ¿Cree que no lo merecen?

—Desde luego.

—Usted no puede imaginarse cómo han deshecho a los Collins. El padre, con el que hablé cuando me vendió la propiedad, ya no era el mismo hombre. Parecía tener cien años.

—Conozco a David desde hace mucho tiempo y créame que su desgracia me afectó casi como la mía de ahora. Aunque, en verdad, no puedo quejarme, ya que con un poco de suerte, mi familia no recibirá la pena de lo que le ocurrió a la pobre Carol.

— ¡Fue horrible! Pero usted debe su suerte al color de la piel de su esposa.

—Es verdad.

— ¿No ha sido grave su herida?

—No mucho, por fortuna.

—Me alegro de veras.

— ¿Podría dejarme esos hombres, amigo? —preguntó nuevamente, tras una pausa.

—Desde luego. ¿Cuántos desea?

—Con media docena tendré bastante.

—Bien. Voy a llamar por teléfono a la granja donde habitan. Diré que vengan hacia acá.

—Muchas gracias.

Mientras John telefoneaba, Larson echó una ojeada a su alrededor, experimentando una sensación de rabia y tristeza al ver

cómo se deshacía un hogar, sin que por el momento pudiese hacerse nada por evitarlo.

¡Ah, si algún día tuviera él la suerte de echar la mano a aquellos encapuchados del demonio!

—Vendrán dentro de unos minutos.

—Se lo agradezco mucho. También desearía que me prestase, por unos días, un monocultor de los del tipo “Warker”. ¿Tiene usted alguno?

—Hay tres en el garaje. Voy a acompañarle...

Pero en aquel momento, la voz de Myriam llegó desde arriba:

— ¡John!

—Es mi esposa. Debe desear algo. Tome la llave y saque lo que quiera — sonrió tristemente—. Creo que pasará un tiempo antes de que vuelva a interesarme por la granja.

—No diga eso—repuso Larson, tomando la llave de la mano del otro—. ¡Ya verá cómo se arregla todo y pronto!

Cuando salía del garaje, empujando uno de los monocultores, Larson vio el camión que se detenía ante la casa de Howis: media docena de negros descendieron del vehículo.

— ¡Eh, muchachos!—gritó Clement—. ¿Queréis ayudarme a poner esto en el helicargo?

Lo hicieron ellos, sonrientes y serviciales. John salió de la casa en aquel momento.

— ¿Ha encontrado lo que deseaba, señor Larson? — inquirió, acercándose.

—Sí. También están aquí los muchachos. Quiero decirles que mientras estén conmigo cobrarán salario doble.

Los morenos mostraron su aprobación con amplias sonrisas.

—Ya lo habéis oído — dijo John, dirigiéndose a ellos —. El señor Larson desea que le ayudéis a limpiar sus campos. Espero que os portaréis bien con él.

—No tema, señor Howis —dijo uno, resumiendo la opinión global de sus compañeros.

Larson les hizo pasar a la amplia cabina posterior del helicargo, indicando la anterior al que había hablado.

—Tú siéntate a mi lado. ¿Cómo te llamas?

—Tom, señor Larson.

—Muy bien.

Se acercó a John, manteniendo sujeta la mano que el otro

estrechó con fuerza.

—Gracias, amigo mío. Y le deseo mucha suerte.

—Yo también se la deseo.

—Adiós.

—Adiós.

Subió Larson al aparato, poniéndolo en marcha y haciendo que se elevase en línea vertical casi perfecta. Luego, haciéndolo girar, puso rumbo hacia su granja.

Durante el trayecto, el viejo no despegó los labios. Había encendido su pipa y fumaba en silencio.

— ¿No ve usted humo allá abajo, señor? — dijo Tom, de repente.

— ¿Dónde?

—Allí, a la derecha.

Larson siguió con la mirada la dirección que el negro le mostraba, viendo entonces que, en efecto, una densa humareda parecía brotar de la tierra.

No pudo por menos de estremecerse.

— ¡Por todos los demonios reunidos! ¡Eso parece mi casa! — dijo sorprendido, quitándose la cachimba de la boca.

— ¿Es posible, señor?

—Ahora lo veremos.

Apretó la marcha del aparato, hasta conseguir el máximo de velocidad. Los campos pasaban bajo ellos como una alfombra que alguien tirase violentamente desde atrás.

Poco después, las escasas dudas que quedaban a Larson se disiparon.

— ¡Mi casa está ardiendo!

Nada más sobrevolarla, con cuidado, le hizo percatarse de que poco podrían hacer para apagar el enorme brasero que tenían debajo.

Posó el aparato lo bastante lejos de la casa para que las chispas que el aire hacía volar no llegasen hasta ellos y abandonó la cabina, seguido de Tom y luego de los otros negros, que habían bajado, atraídos por el horrendo espectáculo.

Las llamas habían prendido ya en todas partes y la casa no era más que una inmensa hoguera,

Larson cerró los puños.

—He sido un idiota — dijo—. ¡Un perfecto idiota! No debí nunca ausentarme de aquí!

Los negros, excepto Tom, se habían detenido a una cierta

distancia y la expresión de su rostro demostraba el terror que se había apoderado de ellos.

Fue Tom, otra vez, quien resumió lo que ocurría en la mente de sus compañeros.

Y en la suya.

— ¿Cree que han sido los del Ku-Klux-Klan, señor?...

— ¡Desde luego! Esos fantoches no me dejan tranquilo; pero si creen que voy a rendirme por tan poco...

—Nosotros...—balbució Tom.

Larson se volvió hacia él, sonriendo, sin rencor ni desprecio.

—Os comprendo perfectamente, muchachos. Podéis iros. Os dejo el helicargo...

—No es necesario, señor, iremos a pie.

—Como queráis.

Les vio alejarse, con una triste, pero comprensiva sonrisa en los labios.

Otra vez estaba solo, ahora sin casa, lo que demostraba que era un estorbo para los del Klan.

Pero no le importaba tener que vivir a la intemperie. Y sonriendo, se dijo que uno de los helicargos podía servirle de casa.

— ¡Aunque tenga que dormir en el aire! — exclamó, avanzando hacia la casa para ver si podía salvar algo.

* * *

Cuando el helicóptero se hubo posado sobre la plataforma, Jerome, mientras abría la puerta de la cabina, volvióse rápidamente hacia Gladys:

—Nunca creí que al llegar a estas casas experimentase lo que ahora estoy sintiendo.

Ella comprendió perfectamente lo que él sentía. Y asintió con un gesto.

—Igual me ocurre a mí, querido. ¡Pensar que el hombre con el que vamos a hablar puede ser el que disparó contra mi madre!

El joven cerró los puños.

— ¡No sé cómo voy a contenerme! — dijo, entre dientes.

—Porque debes hacerlo... ¡Si tuviésemos la más pequeña prueba, las cosas serían muy diferentes! Pero un error ahora y en la persona del juez podría sernos fatal.

—Tienes razón.

Fueron caminando, por el cuidado sendero, hasta detenerse ante la puerta de la casa, a la que Ploof llamó.

Poco después se introducían en el despacho del juez.

Swain les recibió con una expresión de extrañeza que echó parcialmente por tierra la desconfianza de los jóvenes. En efecto, parecía tan sorprendido como irritado y molesto por la presencia de gente de color.

—Buenas tardes — di.í, señalando sendos sillones—. Pueden sentarse...

Los observaba con mirada aguda mientras encendía un cigarrillo, sin invitar al joven doctor.

— ¿Qué es lo que desean de mí?

Gladys abrió el bolso, sacando el escrito que había hecho su padre y la antigua escritura. Tendió todo al juez.

—Mi padre quiere cambiar el título de propiedad de las tierras y la casa—dijo la muchacha.

Sólo entonces apareció un brillo singular en las pupilas del juez.

— ¿Ha vendido la propiedad? — inquirió.

—No — repuso ella—. Se trata de poner todo a nombre de mi madre.

— ¡Ah!

Mientras, Jerome no sabía qué pensar. Había estudiado la actitud y reacciones del juez desde que habían entrado y no podía decir ahora, con seguridad, si aquel hombre era un simulador o expresaba su sorpresa con sinceridad.

Lewis se sentó, estudió los documentos y llamó luego a su secretaria, ordenándole que fuese redactando la nueva escritura.

—Tendrán que llevarla después — dijo — a la firma del comisario de Cultivos.

—Ya lo sabemos — repuso Gladys.

Y fue entonces cuando el teléfono sonó sobre la mesa de Lewis.

— ¿Diga? — inquirió, después de descolgar.

Escuchó unos instantes y dijo “bueno”, antes de dejar el combinado en su sitio.

Después, miró a los jóvenes.

—Tienen ustedes suerte. El comisario, según me han anunciado, viene hacia aquí. Así se evitarán un viaje hasta sus oficinas.

Ni Gladys ni Jerome hicieron comentario alguno.

—Desearía hacerle una pregunta, señor juez

— dijo el doctor, después de una pausa.

—Diga...

— ¿Qué piensa usted del Ku-Klux-Klan?

Urna sonrisa entreabrió los labios del hombre.

—Nunca he creído en esa historia fantástica

— repuso.

— ¿No? — Jerome hacía esfuerzos por dominar su cólera—. ¿Sabe acaso que el cuerpo de uno de esos fantoches ha sido trasladado a la ciudad por los agentes de la SIP?

Swain abrió la boca, estupefacto.

— ¿Cómo? ¿De qué me está usted hablando? ¿Agentes de la Spacial International Police en Lander Zone?

Ploof se percató, tarde, de que había hablado demasiado. Pero no pudiendo ya detenerse y deseando sacar algo de verdad de aquel impenetrable rostro, explicó al juez, a grandes rasgos, lo ocurrido la noche anterior.

— ¿Quién era el muerto?

—Un tal Stem, al que el padre de la señorita había prestado dinero para instalarse.

— ¡Todo queda explicado entonces! Ese hombre deseaba no pagar su deuda y organizó esa especie de ridículo carnaval.

— ¿Y qué interés pedía tener en dejar ciega a la hija de los Collins?

—Eso debió ser otro asunto muy distinto. He oído hablar de esa muchacha y parece ser que no era, en su comportamiento, todo lo correcta que podía suponerse.

Gladys, que había escuchado en silencio, estalló como una bomba:

— ¿Cómo? ¿Se atreve usted a juzgar a una muchacha que no dejó jamás de ser honesta? ¿O es que ha olvidado, señor juez, que Carol salía, cada día, con su hijo?

La expresión del rostro de Lewis se ensombreció —Ese asunto no tuvo mucha importancia. Mi hijo, es cierto, salió con la muchacha, pero no con tanta frecuencia como usted cree. Además, mi Fred fue quien la dejó, por sí mismo — dijo, aplastando el cigarrillo en el cenicero.

— ¿Dónde está ahora?

Swain miró al joven, que era quien le había hecho aquella pregunta.

—En la Tierra, Está ultimando allí sus estudios de Leyes.

Jerome se dio cuenta de lo difícil que iba a ser, si aquel hombre tenía algo que ver con el Klan, demostrar su culpabilidad,

“Después de todo — pensó —, es juez y sabe muy bien lo que se hace.”

En aquel momento, la puerta del despacho se abrió y Frank Outman, el comisario de Cultivos, penetró como una tromba, sin fijarse en la pareja, que estaba a un lado del despacho del juez.

— ¡James ha encontrado los cadáveres de dos blancos, completamente destrozados! —exclamó.

Luego, mirando a los negros, señaló con el brazo extendido hacia ellos.

— ¡Deben ser los de su raza, doctor —y miró a Jerome con los ojos brillantes— los que han inventado lo del' Ku-Klux-Klan para acabar con nosotros!

Ploof se puso en pie, cerrando los puños.

— ¡Eso es mentira y no se lo consiento! ¡Bien sabe usted que esos malditos encapuchados no han hecho más que daño a los de mi raza!

— ¿Y los dos blancos muertos?

Intervino Swain.

— ¿Se sabe quiénes eran, James?

El comisario se volvió hacia él.

—No — repuso—. Imposible el identificarlos. Les aplastaron la cabeza, quizá para evitar que se supiese eso. Tendremos que avisar a la policía.

—No hace falta —dijo el juez—. El doctor Ploof acaba de decirme que hay dos agentes de la SIP en Lander Zone.

— ¿Cómo es posible? ¿Quién los llamo?

—Yo — dijo Jerome.

Los ojos de Outman lanzaban chispas.

— ¿Y con qué derecho lo hizo? ¡Ah, ya comprendo! ¡Era muy fácil engañar a la Spacial International Police, diciéndoles que los blancos habían organizado un nuevo Ku-Klux-Klan! ¿No es verdad?

Jerome no supo qué contestar.

— ¡Conocemos ya esa manera de obrar, doctor ploof! —siguió diciendo el comisario —. Unos cuantos negros se han vestido de encapuchados, empezando por resolver algunas de sus querellas, sobre gente de su misma raza; para, al mismo tiempo, hacer que las sospechas recayesen sobre nosotros. Luego, como lo demuestran los cuerpos de esos dos blancos, han empezado a realizar su verdadero

objetivo..., ¡acabar con los de nuestra raza!

— ¡Está usted loco!

—No lo crea. Y para demostrarle que mi hipótesis coincide con la realidad, voy a comunicar en seguida con Washington. Hablaré con Donald Callowan, el jefe de la S1P, rogándole que intervenga personalmente en el asunto. ¡Están ustedes perdidos!

Jerome fue a lanzarse, loco de rabia, sobre Outman, pero Gladys le cogió fuertemente del brazo.

— ¡Por favor, Je! —suplicó.

La secretaria, entrando en aquel momento, aplacó, con su presencia, la violenta escena.

El juez, después de firmar los papeles los entregó al otro para que también los firmase.

—Tome, señorita Howis — dijo, a la muchacha.

— ¡Vámonos de aquí, querida, o no sé si podré contenerme! — exclamó el doctor.

Ni el juez ni el comisario se movieron, dejando que los jóvenes abandonasen la casa.

— ¡Es para volverse loco!— exclamó Jerome—. ¿Te das cuenta del cinismo de esa gente?— dijo a la muchacha, una vez en el aparato.

—Es muy raro lo de los dos muertos de raza blanca: eso cambia por completo el asunto. ¿No lo crees así tú también?

Ploof puso el aparato en marcha, elevándose rápidamente.

—Sí. Esos dos muertos cambian todo. Aunque también podría ocurrir que fuesen de los suyos.

— ¿Qué quieres decir?

—Que si dos miembros del Klan no estuvieran conformes con lo que han hecho hasta ahora, podían haber sido castigados y muertos por los encapuchados para que no los descubriesen.

—Puede que tengas razón...

Guardaron silencio cada uno de ellos hundido en profundas reflexiones. Hasta que el médico, señalando hacia el suelo:

— ¡Mira, Gladys! ¿No es ésta la propiedad de Larson?

La joven hizo ademán de mirar.

Luego, con asombro, dijo:

— ¡La casa ha ardido! ¡Santo cielo! Eso quiere decir que el pobre viejo...

Pero, sin contestarle, Ploof maniobró rápidamente, haciendo aterrizar el helicóptero en las cercanías de las calcinadas ruinas de la

casa.

— ¡Ha ardido todo!—exclamó.

Descendieron del vehículo y fue entonces cuando, de detrás de los almacenes — lo único que quedaba—, apareció el viejo Clement, con el rifle en la mano.

— ¡Eh, muchachos!— llamó.

Se acercaron a él.

— ¡Cuánto me alegro de verle, señor Larson! — dijo Jerome—. Habíamos temido...—y señaló la casa significativamente.

—La quemaron cuando yo estaba en casa del padre de la señorita Gladys. Ya ven ustedes que no se limitan a atacar solamente a los de su raza.

Aquello fue como un golpe directo para Ploof que, palideciendo intensamente, no tuvo más remedio que contar a Larson todo lo que había ocurrido en la casa del juez.

— Sí que es extraño —dijo éste—. ¿Así que han aparecido los cadáveres de dos blancos?

— Sí, señor. Pero completamente destrozados.

—El problema se oscurece..., ya que puede empezarse a sospechar, como dice el juez, que el Klan no es blanco... del todo.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que podría ser posible que el Klan estuviese formado por hombres de las dos razas.

— ¡No puedo creerlo!

—Yo tampoco —dijo Larson—; pero, verdaderamente, esos dos muertos y los ataques de que he sido objeto hasta ahora... — sonrió—. Bueno, jovencitos. Habrá que esperar a que esos muchachos de I SIP descubran la verdad.

La Joven le miró con simpatía.

— ¿No va a quedarse aquí, solo, verdad, señor Larson? ¡Venga con nosotros!—dijo ella, poniendo JU mano sobre el brazo del viejo.

—No, jovencita. Soy muy testarudo y no quiero que esos fantoches crean que les tengo miedo. ¡El viejo Larson no conoce el miedo; Váyanse y atiendan a los suyos: a su pobre mamá, a su papá y, si han devuelto a Jim, al pequeño. Tendremos paciencia y esperaremos que toda esta horrible pesadilla se acabe.

CAPÍTULO VIII



ARSON dejó que el aparato de los dos jóvenes se alejase hacia el este. La tarde estaba declinando y las primeras sombras caían ya sobre el suelo, proyectadas por las colinas no lejanas.

El viejo se dirigió hacia el aparato en el que había transportado a los negros, que luego huyeron vergonzosamente, subiendo a él y poniendo en marcha sus motores.

El helicargo se elevó, suavemente, poniendo rumbo al norte.

Larson conducía con los ojos entornados y una extraña sonrisa se dibujaba en sus labios. Tenía el rifle a su lado y, de vez en cuando, en la semioscuridad de la cabina, alargaba una de sus manos para acariciar el arma.

Como si su presencia le serenase.

Cuando se posó, más tarde, junto a una casa, la noche había caído del todo y la oscuridad era intensa. Larson se sirvió de sus focos de proa para tomar tierra, abandonando después el aparato y caminando, por la cuidada senda, hacia la entrada.

Al abrirse la puerta, la alta silueta del juez apareció en el dintel,

demostrando al otro que debía haber oído el aparato y salido, él mismo, para saber quién le visitaba a aquellas horas.

—Buenas noches, señor juez. ¿Puedo pasar?

Lewis se hizo a un lado.

—Adelante, señor Larson.

Cojeando visiblemente, Larson penetró en la casa, esperando luego, en el vestíbulo, que el otro hubiera cerrado la puerta.

—Por aquí—dijo el juez.

Lo hizo pasar a su despacho, señalándole un sillón.

Larson se dejó caer en el asiento, con visible satisfacción.

— ¡Uf!—suspiró—. ¡Esta pierna me da demasiada lata!

— ¿Una herida grave?

—No mucho, pero lo suficientemente reciente para que tarde un poco en cicatrizarse..., me caí de un tractor.

—Lo siento.

—Gracias. Y ahora, amigo mío, como estoy seguro de que se estará preguntando el motivo de mi visita, vamos al grano. Aunque antes me agradecería que intentase adivinar lo que me ha traído aquí...

Lewis frunció el ceño.

—No tengo ni la más remota idea.

— ¡Es una lástima! Porque después de que me han quemado la casa, lo lógico sería que yo viniese a vender mi propiedad.

— ¿Han quemado su casa?

—Si.

—Lo lamento. Pero, en el caso de que desee vender su propiedad, no es a mí a quien tiene que dirigirse, sino al comisario.

—Ya lo sé, ya lo sé..., pero no voy a vender nada. ¿Sabe usted que me agrada mucho Lander Zone y que estoy empezando a tomarle gusto?

El juez le miró con fijeza.

—No creo que le convenga mucho esto, Larson. Se le puede reembolsar lo que pagó por ello. No es sitio para usted.

—No lo crea.

El otro se encogió de hombros.

—No habrá venido a decirme eso, ¿verdad? He trabajado mucho durante el día y tengo deseos de ir a dormir.

— ¡Dichoso usted que tiene donde hacerlo! Una hermosa cama, una casa confortable... ¿No tiene miedo, señor juez?

— ¿Miedo?

—Sí. Eso he dicho: miedo.

— ¿A qué?

— Al Klan. El doctor Ploof pasó por lo que fue mi casa y me dijo que ustedes sospechaban que el Klan estaba formado por gente de raza negra.

—Es muy posible, ya que se han encontrado dos cadáveres blancos horriblemente destrozados.

— ¿Quién los encontró?

—El doctor Wheeler. Ya comprenderá que la muerte de esos dos desdichados demuestra que el Klan no es blanco.

—Puede que tenga usted razón. También es cierto que me han atacado a mí, siendo blanco.

—Una razón más a favor de la hipótesis del comisario.

— ¡Inteligente persona el señor Outman! ¿No cree?

—Desde luego que lo es.

—Lástima que tengamos que dejar de hablar de todo esto. Porque creo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que voy a explicarle el motivo que me ha traído aquí.

—Veamos...

—Deseo que mi casa vuelva a ser levantada, que se haga otra cosecha, como la que me destruyeron los del Ku-Klux-Klan.

—Todo eso está muy bien; pero no veo, la verdad, lo que yo tenga que ver en ello.

—Mucho.

— ¿Usted cree?

—Sí. PORQUE CONOZCO LA IDENTIDAD DEL JEFE DEL KLAN.

El juez parpadeó levemente, pero ninguna otra muestra apareció en su rostro, que continuó imperturbable.

— ¿No me ha oído? — inquirió Larson.

—Claro que le he oído. Pero, ¿qué puede importarme lo que acaba de decir?

—Es usted muy listo, Swain. Pero el viejo Larson lo es aún más.— hurgó en los bolsillos sacando un papel que tendió al otro—. Ahí está la copia de una carta que he enviado a un amigo mío, en un doble sobre, ordenándole que no la abra hasta que yo le avise o no tenga noticias mías, ya que he quedado en escribirle cada día...

—Swain miraba el papel doblado. Pero sin tocarlo.

— ¡Léalo, juez! Verá que no soy tan tonto como parezco.

Mirando a Larson y al papel, Swain terminó por decidirse a apoderarse de éste, desdoblándolo y leyéndolo con atención.

A pesar de que el papel cubría por completo su rostro, Larson se pudo dar cuenta de que las manos de Lewis temblaban nerviosamente de una manera ostensible.

Hubo una larga pausa, hasta que el otro dejó caer el papel, mostrando un rostro en el que la expresión había cambiado y hasta desaparecido el brillo burlón que hasta entonces lucieron sus ojos.

—Ha ganado usted, Larson — dijo—. ¿Qué es lo que quiere?

El viejo terminó de encender su pipa.

— ¿Que qué es lo que quiero? ¡Sencillamente, Lewis! Quiero que me consideréis uno de los vuestros, que se me devuelva todo lo que se me ha destrozado. ¿Has olvidado que soy blanco como tú?

Swain no pareció darse cuenta de que le tuteaban. Y empleó el mismo tratamiento al decir:

—De acuerdo, Larson. Serás uno de los nuestros..., pero ya comprenderás que debo consultar con los otros.

—Lo comprendo. Pero... ¡cuidado! Estoy harto de que se me maltrate como si fuera uno de esos asquerosos morenos.

Lewis sonrió.

— ¿Los odias, entonces, tanto como nosotros?

— ¡Mucho más!

— ¿Te hicieron algo?

—Tú lograste llegar a tiempo y salvar a tu hijo Fred. Yo no tuve esa suerte... Huyó con una negra y ya nunca más he vuelto a verle.

— ¡Acabaremos con ellos!

—Lo sé. Pero no intentes ganarme por los sentimientos antinegros. “Ya te he dicho que los odio más que vosotros.

— ¿Más que nosotros? ¿Cómo puedes afirmar eso?

—Porque, como te dije antes, el viejo Larson no es tonto...

Hizo una pausa.

—Soy tan hombre de negocios como tú, Lewis. Y sé perfectamente lo que hay debajo de esta lucha contra los morenos: sus tierras son las mejores, sus cosechas óptimas..., es cierto que llegaron antes..., pero ¿no ha sido siempre superior nuestra raza a la suya?

Swain sonrió.

—Empiezas a gustarme, viejo zorro. Estábamos dispuestos a acabar contigo, de la manera que fuese, pero ahora me doy cuenta de

que vas a sernos de mucha utilidad. ¿Quieres quedarte a dormir en casa?

—No. Prefiero volver allí. Soy muy raro, ¿sabes?

Esperaré allí a que me llames para conocer a los otros.

—Desde luego, Tendrás que presentarte, sin ese rifle, para ser iniciado e incluido en el Klan.

— ¿Cómo? ¿He de disfrazarme de fantoche? ¿Crees que es necesario?

—Desde luego. Los jóvenes creen en esas cosas y no tenemos más remedio que rodearnos de un cierto misterio. Además, hemos cambiado el lugar de las reuniones, ya que acabamos de saber que nos vigilan,

— ¿La policía?

—La SIP, que es peor.

—Tendremos que tener cuidado: esa gente es muy lista.

—Estamos acabando con todos los problemas. Quedan unos cuantos negros, pero no tardarán en irse.

Larson se puso en pie.

—Yo también me voy ahora. ¡Hasta mañana, Swain!

Se estrecharon la mano y el juez acompañó al viejo hasta su aparato. Luego, cuando el helicargo desapareció en las sombras de la noche, Lewis volvió a su despacho, cogió el papel que Larson le había dado y fue hacia su propio garaje, subiendo a bordo de su elegante helicóptero.

Antes de sacarlo de allí, abrió la caja de a bordo, desplegando el vestido y la capucha con la que se cubrió el rostro.

* * *

Cuando Jerome posó su aparato en las cercanías de la casa de los Howis, su cólera había desaparecido un tanto. También Gladys estaba más tranquila.

— ¡Si todos los blancos de Lander Zone fueran como el señor Larson! ¿Eh, querido?

—Sí. Nunca hubiesen ocurrido cosas como las que estamos padeciendo; pero, por desgracia, también hay jueces Swain, comisarios Outman y doctores Wheeler en el mundo...

—Te aseguro —dijo ella —que temo por ese pobre viejo.

Habían descendido del helicóptero e iban ya hacia la casa.

—Es muy valiente — repuso el joven — y no creo que logren

dominarle así como así.

— ¡Pero es solo un viejo, Je! ¿Qué podrá hacer si esos malditos se lanzan sobre él?

—Tienes razón. Esta noche me hubiera gustado que viniese con nosotros, pero mañana, sin falta, iré a verle y le convenceré. No quiero que le ocurra nada.

—Harás muy bien de llevarlo a tu casa. Por otra parte, le hará compañía a papá y le levantará la moral un poco.

—Vamos a ver lo que ha pasado.

Al llegar a la entrada, Gladys se asombró un poco al encontrar la puerta entornada.

Y volviéndose hacia su prometido, sin decir nada, le miró, como si deseara comunicarle sus temores.

Haciéndola a un lado, Jerome abrió la puerta.

—Deja que pase yo primero.

La luz estaba encendida y así pudieron llegar hasta el salón. Fue la muchacha la primera que vio el papel que había sobre la mesa, sujeto por un florero,

— ¡Una nota! —exclamó.

Ploof se adelantó, no- sin cierto temor, ya que recordaba la otra, humedecida por las lágrimas de Myriam. Tomó el papel, cuyo contenido había sido escrito velozmente:

“Acabamos de recibir el aviso para ir en busca de Jim.
Mamá se ha empeñado en acompañarme. Creo que
estaremos de vuelta antes medianoche. Esperadnos ahí,
John.”

Se miraron, en silencio, cuando la joven hubo leído, a su vez, el escrito.

— ¿No. será una horrible trampa, Je?—preguntó ella.

—No lo creo.

— ¿Estás seguro?

—Bastante. Tu madre, no lo olvides, es blanca.

Y ellos, hasta ahora, han demostrado que desean respetarla.

— ¿Y papá?

—¿Crees que tu madre va a permitir que le hagan daño?

— ¡Desde luego que no!

Se acercó él a la muchacha, tomándola en sus brazos.

—No temas, querida. Creo que lo mejor que podemos hacer es obedecer a tu padre y esperar aquí. Ya verás cómo llegan pronto.

—Tengo miedo, cariño.

—Olvídalo. ¿Quieres hacerme un poco de café?

Ella sonrió, vencida finalmente.

Y después de besar al joven, continuó:

—Voy a prepararlo. ¿No quieres comer nada?

—No.

Ploof se dejó caer en uno de los sillones, sacó un paquete de cigarrillos, disponiéndose a encender uno.

— ¡No se mueva, doctor!

Se volvió, viendo a los tres encapuchados que se habían introducido en la habitación sin hacer el menor ruido. Uno de ellos tenía una pistola con la que apuntaba al joven.

— ¡Levanta las manos! Tú, ve a la cocina y trae a la mestiza.

Uno de los del Klan ¡fue en busca de Gladys. Jerome había levantado los brazos, obedeciendo la orden del que estaba armado.

— ¡Ponlas a la espalda, negro!.—gruñó el mismo.

Y el otro ató las muñecas de Ploof en un abrir y cerrar de ojos.

No tardó Gladys en aparecer, de la misma guisa, ya que el que la acompañaba también le había atado las manos a la espalda.

Los jóvenes se miraron, pero no se atrevieron a decir nada.

— ¡En marcha!—ordenó el que parecía ser el jefe.

Abandonaron la casa, dirigiéndose a un lugar, a un centenar de metros de la misma, donde había un helicóptero de tipo grande, multiplaza. Les obligaron a subir, sentándolos en el fondo.

Luego el aparato se elevó.

Durante el trayecto, ni encapuchados ni prisioneros despegaron los labios. En la oscuridad reinante, Jerome no podía ver más que la punta ígnea de los cigarrillos que fumaban sus raptos.

Se daba cuenta de que la situación había evolucionado a toda velocidad y que había hecho muy mal en confiarse de aquel modo, sobre todo después de leer la nota que, ahora no le cabía la menor duda, John había escrito bajo amenaza.

Poco después, el helicóptero se posaba, más allá del río, en una zona esteparia. Desde lo alto, antes de que el aparato aterrizase, Jerome pudo ver el amplísimo círculo de antorchas que llameaban en el suelo, comprendiendo que iban a ser conducidos a presencia del Klan.

Y se estremeció al recordar lo que había ocurrido a Carol.

No se atrevió, mientras les obligaban a salir, a mirar a su prometida, de modo que ella se percatase de su estado y adivinase lo que estaba pensando.

Se abrió el círculo de encapuchados y los dos prisioneros fueron empujados hacia el centro, poniéndolos frente a una mesa tras la que estaban sentados tres de ellos. En vez de blancos, los trajes de aquellos tres siniestros personajes eran negros.

Hubo un silencio, que rompió uno de los tres, el de la derecha:

— ¡He aquí, hermanos del Klan, que estos dos negros son los últimos que quedan, después del plan realizado en las primeras horas de la noche! Podemos decir que el nuevo día iluminará un mundo nuevo, una Lander Zone limpia de esta raza podrida y degenerada... Y hasta puede llegar el día en que el mundo, el sistema entero, percatándose de la gran obra que hemos realizado aquí, vuelva a darse cuenta de que sólo la supremacía de la raza blanca puede salvar el universo.

Rugieron las gargantas de todos los reunidos, en una ovación cerrada.

—Nos tratan de asesinos — siguió diciendo el encapuchado —, cuando sólo somos hombres de justicia. Y si siempre nuestros enemigos merecen la muerte, también es verdad que jamás ejecutamos a nadie sin darle una probabilidad hermosa,..., porque aunque odiamos a los hombres de color, sólo castigamos a los que olvidaron su respeto hacia la gente de piel como la nuestra...

Hizo una pausa.

Poco después continuó:

—En este caso, cuando los acusados se han presentado ante nosotros, no tenemos más que formular una pregunta al hombre; de su respuesta dependerá el destino de ambos.

— ¿Te llamas Jerome Ploof? —dijo, mirando al doctor.

—Sí.

—Y esa mujer, ¿se llama Gladys Howis?

—Sí.

— ¿Es tu prometida?

—Sí.

El hombre hizo una pausa.

—Bien. Jerome Ploof: el Alto tribunal del Ku-Klux-Klan te ordena presentar tu dimisión como médico de Lander Zone, sitio que abandonarás, en compañía de la mujer que tienes al lado, sacando un

pasaje para la Tierra y prometiendo, en el documentó que hemos preparado para tu firma, no regresar nunca más aquí...

— ¡No os obedeceré!

—Creemos que lo harás; pero, ¿puedes decirnos por qué te opones a esta elemento medida?

— ¿Dónde tenéis a John Howis y a su esposa? ¿Qué habéis hecho con Jim?

—Todos ellos, y me refiero a los de tu raza; el padre de esa muchacha y su hermano, están ahora en tu propia casa..., es decir, fuera, ya que hemos considerado que era mejor quemar aquella mansión impura.

— ¿Habéis quemado mi casa?

— ¡Calla cuando yo hable!

—Esas personas están a salvo. John ha firmado un documento comprometiéndose a partir como tú lo harás, a la Tierra.

Gladys no pudo contenerse más.

— ¿Y mi madre? — Inquirió.

—Nada le ha ocurrido... ¡Pero no debes llamar madre a una mujer que no es de tu raza!

— ¡Es mi madre!

—Lo era. Ha obtenido el divorcio y ya nunca más volverá a vuestro lado.

— ¡La habéis obligado, canallas!

—Una mujer blanca ha de ser ayudada..., aunque ella misma se opongá. Y si cometió la terrible debilidad de dejarse engañar por un negro, el Klan puede, como lo veis, arreglar aún las cosas...

— ¡Madre! ¡Mamá! —lloró la muchacha.

— ¡Basta!—rugió el encapuchado—. ¿Vas a firmar, Jerome?

— ¡¡¡No!!!

De repente, uno de los del Klan, que estaba a la derecha de los jóvenes, avanzó hacia ellos, sacando las manos del vestido cuando estuvo al lado de Gladys.

Tenía un frasco en la mano.

— ¿Recuerdas lo que le pasó a Carol? — inquirió el que había hablado hasta entonces —. ¿Quieres que le ocurra igual a tu novia?

Con los ojos fijos en el frasco, estremeciéndose de horror, el médico recordó, cómo si lo estuviese viendo en aquellos momentos, el rostro desfigurado de Carol, los trozos de carne quemada... las cuencas vacías, sin ojos.

— ¡Firmaré lo que sea!—aulló—. ¡Pero hagan que este hombre se vaya lejos de Gladys!

— Vuelve a tu sitio — ordenó el encapuchado.

Se alejó el otro, ocultando el frasco entre los pliegues de su amplio vestido, que le llegaba hasta el suelo. Dos más se destacaron de la fila, después de clavar las antorchas en el suelo. Después se acercaron al joven, desatando sus manos y llevándolo, cada uno de un brazo, junto a la mesa, donde ya habían extendido un papel.

El encapuchado le tendió una pluma.

—Firma aquí.

Jerome obedeció.

Entonces, el hombre ordenó a los otros dos:

—Llévatelos al aparato y déjalos junto a la casa de Jerome...— mirando al joven—. ¡Mañana debes estar en la ciudad, para embarcar en la primera astronave que salga para la Tierra! John Howis tiene dinero para los pasajes... ¡Vete de aquí, maldito negro!..,

CAPÍTULO IX



ARSON, al llegar la tarde del día siguiente, había encendido una hoguera, poniéndose a asar unos trozos apetitosos de carne que había comprado en la ciudad.

También tenía una tienda de campaña, unas mantas y un colchón neumático con dispositivo electrónico para el calentamiento.

“Me voy haciendo viejo de verdad”—pensó, sonriendo.

Mientras la carne canturreaba sobre el fuego, chisporroteando goterones de grasa, Larson encendió su pipa, sentándose en la zona de la oscuridad y entornando los ojos.

Esperaba.

Habla aprovechado la mañana para ir a la ciudad, puesto que el incendio le había dejado sin nada.

Y volvió pronto, a media tarde, deseando que el juez no hubiera llegado aún a avisarle.

Comió con apetito, bebiendo el contenido de un bote de excelente cerveza. Después, animando el fuego, encendió la segunda pipa.

Fue entonces cuando llegó hasta él el ruido del motor que se acercaba.

Momentos más tarde, el aparato se posaba no lejos del helicargo. Dos Sombres descendieron de él, adelantándose hacia la hoguera. Larson esperó a que los dos hombres estuviesen cerca para salir, con su rifle en la mano, de la zona más sombría en la que se hallaba.

— ¿Qué desean?

Los dos hombres se sobresaltaron; pero, al verle aparecer en la zona de luz y bajar el rifle, uno de ellos le dijo:

— ¡Buen susto nos ha dado, abuelo!

—Lo lamento. ¿Quiénes son ustedes?

—Me llamo King— dijo el que había hablado—. Soy, como mi compañero, agente de la Spacial International Police. Aquí tiene mi credencial.

Larson echó una ojeada al documento.

—Siéntense. Ya los recuerdo — dijo luego, convencido.

Obedecieron.

—Estábamos patrullando y vimos el fuego. ¡Palabra que creímos haber descubierto, por fin, el sitio de reunión del Ku-Klux-Klan!—dijo King.

— ¿También creen ustedes en eso?

— ¿Y quién no? Hoy hemos recorrido todas las granjas de los negros...: están vacías.

— ¿Y qué?

—Que los negros han desaparecido de Lander Zone, ¿le parece poco?

—A mí a o me importan esas cosas, joven. He venido a trabajar y creo que tengo derecho a que me dejen en paz.

—Pero usted fue atacado, su cosecha fue destruida y quemaron su casa.

—No se preocupen por mí. ¡Ya encontraré a quien hizo todo eso y pueden estar seguros de que me pagarán hasta el último crédito! ¡El viejo Larson no necesita policía! Toda la vida se ha arreglado solo.

— ¿No tiene usted idea de dónde se reúne esa gentuza? — inquirió, serio, King.

— ¿Los del Klan?

—Sí,

—En absoluto.

—Comprenda usted que tenemos que descubrirlos, sea como sea.

— ¿Sospechan de alguien?

Los ojos de King brillaron.

—De todos.

— ¿Estoy yo en esos “todos”?

—Sí. ¿Por qué negarlo, señor Larson? Hasta que hayamos descubierto a los verdaderos culpables, todos los blancos de Lander Zone son sospechosos.

—Lo comprendo.

—Ahora bien: si usted nos diese algún detalle nos señalase alguna pista...

Ei viejo miró, con fijeza, a su interlocutor,

— ¿Y qué le hace pensar que yo sepa algo?

—No lo sé. Pero, hablándole francamente; usted, al que esperábamos ver expulsado o muerto, sigue tan tranquilo, lo que nos hace pensar que el Klan no le ve con malos ojos.

— ¡Soy blanco!

King se encogió de hombros.

—Eso no quiere decir nada. Dos hombres blancos, que seguramente se negaron a entrar en el Klan, fueron muertos.

— ¿Y qué?

— ¡Hay más! una mujer ha sido obligada a separarse de su familia y a divorciarse de su marido.

— ¿Se refieren a la esposa de John Howis?

—Si. Eso le hará ver que los del Klan no se detienen ante obstáculos, sean éstos los que fueran. Si usted les molesta, le eliminarán sin dificultad alguna.

Larson dejó escapar una risa impertinente.

— ¡Ya les he dicho, jovencitos, que el viejo Larson sabe cuidarse solo! Y ahora, si me hacen el favor, váyanse. Deseo dormir un poco.

King le miró, con cólera apenas contenida.

— ¡Es usted el viejo más cabezota y testarudo que he visto en mi vida! ¡Pensar que si quisiese ayudarnos un poco acabaríamos de un golpe con esos fantoques!

—No sé nada.

King se puso en pie, imitado por su compañero.

Y extendiendo el brazo derecho hacia Clement, señalándole con el índice, le dijo:

— ¡Ya hablaremos! Es tan culpable el que delinque como el que oculta la verdad a la justicia. Quizás esta negativa a colaborar con nosotros le cueste cara...

— ¡Lárguense! — rugió Larson,

El aparato despegaba momentos después, alejándose velozmente.

Larson volvió junto al fuego, preparándose un poco de café.

Estaba tomándolo cuando un nuevo helicóptero se acercó, posándose no lejos de la hoguera.

Pero esta vez, quien descendió del vehículo fue el juez Swain.

— ¡Buenas noches, Larson!

—Buenas noches.

—Me ha parecido cruzarme con un helicóptero. ¿Ha tenido visita?

—Una sin importancia. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Siguió al hombre, subiendo, a su lado, en la cabina del helicóptero.

Poco después volaban hacia el sur.

— ¿Se han decidido a admitirme? — inquirió el viejo, al cabo de, un rato.

—Sí. Aquí, tras el asiento, tienes tu traje. Creo que te vendrá bien. Nos vestiremos antes de llegar.

— ¡No sé para qué toda esta comedia!

—Tienes que comprenderlo, Larson, Es mejor que no nos conozcamos entre nosotros, sobre todo en lo que se refiere a los jóvenes rancheros. Además, ésta es nuestra última reunión.

— ¿La última?

—Sí.

— ¿Por qué?

—Porque, sencillamente, hemos conseguido todos nuestros objetivos, ¡Lander Zone está limpia de suciedad negra!

—Eso sí que está bien.

— ¿Verdad? Ya no hace falta que el Klan se reúna, aunque la organización quedará en pie..., por si algún moreno o las autoridades cometiesen el error de volver a enviarlos aquí.

— Lo comprendo.

—Con las fincas de los negros, que nos han salido gratis, podremos organizarnos convirtiendo Lander Zone en algo que nos dará muchísimo dinero.

— ¿Cómo vais a hacerlo?

—Trayendo gente blanca para trabajar, peones, que abundan en la ciudad. Ellos labrarán las tierras y utilizarán las máquinas. Nosotros viviremos como señores.

—No está mal.

— ¿Eh que fue una buena idea la del Klan?

— No fue tuya esa idea, ¿verdad?

—No. La tuvo el jefe.

—Debí sospecharlo.

La oscuridad era completa y ni siquiera pudieron ver el río. Pero sí, cuando lo pasaron, las antorchas en círculo, señalando el lugar de la reunión.

—Ya estamos.

El vehículo se posó, junto a otros muchos que estaban aparcados lejos de la zona iluminada.

Lewis y Larson, después de haberse vestido de encapuchados, avanzaron hacia los otros.

El viejo cojeaba echando pestes contra su “pata”.

Momentos más tarde, el juez, con su traje negro, ocupaba su asiento en la presidencia, tras rogar a Larson que se colocase a su derecha, pero en pie y con una antorcha, como los demás.

Se levantó el juez y dijo:

—Esta noche apoteósica, hermanos del Klan, nos llena de alegría al comunicarnos lo que casi todos sabéis: ¡Los negros han sido expulsados de Lander Zone!

Una ovación indescriptible estalló por doquier. Los encapuchados movían sus antorchas, haciéndolas describir círculos de fuego.

Se hizo de nuevo el silencio.

—Hermanos— siguió diciendo Lewis—: ésta es nuestra última reunión por el momento. No quiere decir que nuestro Klan se deshaga. ¡Lejos de eso mi mente! Estaremos en guardia, vigilantes, noche y día..., gozando de lo que hemos conseguido.

”Los sucios morenos llegaron, amparados por las leyes “democráticas” del Consejo Mundial, antes que nosotros, a estas tierras feraces. Cuando llegamos, lo mejor estaba ya en sus asquerosas manos. ¿Podíamos consentir esa enorme injusticia?”

— ¡¡No!!—clamó la multitud.

El juez prosiguió:

—Somos hombres blancos, autores de la civilización. Todo lo que las otras razas saben lo han aprendido de nosotros. ¿Es que no tenemos más derechos que ellos?

— ¡¡Sí!!

—Por eso, desde hace mucho tiempo, el hombre blanco, el que está orgulloso del color de su piel, se ha levantado contra la injusticia de una igualdad imposible. Nuestros antepasados crearon el Ku-Klux-Klan, respondiendo así, con su fortaleza de alma, son su audacia, a los que habían olvidado los sagrados derechos de nuestra raza superior.

“Luego ocurrieron como todos sabéis y la vergüenza cayó sobre la Tierra, al ser permitido a los negros, a los amarillos y a otros, una igualdad que no merecían...

"Pero nosotros hemos desenterrado las heroicas vestiduras de los Klanes pasados, demostrando una vez más, al mundo, que no estamos dispuestos a soportar el horror de una vecindad que nos asquea..." — ¡¡viva el Klan!!

— ¡¡Viva!!

El estrepito fue formidable.

Y cuando Lewis, cuyos ojos brillaban tras los agujeros de la capucha, con una intensidad tremenda, levantó los brazos, consiguiendo un silencio inmediato, otra voz, la de un megáfono, desgarró aquella quietud:

— ¡Levantad las manos todos! ¡El primero que se mueva, será hombre muerto!

Al mismo tiempo, surgiendo de la oscuridad, hombres armados con metralletas aparecieron apuntando a los encapuchados, que al verse totalmente rodeados no tuvieron más remedio que obedecer.

También se levantaron los de la mesa.

Entonces, destacándose de la fila de encapuchados, uno de ellos, que cojeaba visiblemente, avanzó hacia el centro, echándose la capucha hacia atrás, dejando ver el rostro sonriente de Larson.

Se dirigió hacia la presidencia.

— ¡Se acabó la comedia, amigos! ¡Ya os dije que el viejo Larson era duro de pelar!

Algunos hombres armados se acercaron a él.

— ¿Qué hacemos, señor?

—No perded de vista a ninguno de ellos; pero esperad un poco, quiero que esos tres enseñen sus rostros, aunque ya los conozco.

— ¡Usted primero, juez Swain!

Y como Lewis dudase, el hombre que tenía atrás dio un tirón de la capucha, descubriendo su rostro enrojecido por la cólera.

Larson señaló al del otro extremo:

— ¡Ahora usted, comisario Outman!

Éste se descubrió por sí mismo, mirando con odio al viejo.

Pero Clement, impasible, señaló al de en medio.

—Y ahora el jefe... ¡Quítese el disfraz..., señora Howis!

Lo hizo ella.

El rostro de Myriam apareció, pero no el que casi todos conocían, sino una especie de máscara que el odio y la rabia habían creado sobre sus bellas facciones.

—Muchachos —dijo Larson—. Poned las esposas a todos estos farsantes y utilizad sus aparatos. ¡En marcha!

Uno de los hombres se acercó a él.

— ¿No quiere nada más, señor?

—Sí.

Levantó el pantalón, dejando ver una tabla de plástico que estaba sujeta con vendas y en cuyo centro había un aparato transmisor-receptor.

— ¡Estoy harto de cojear! A veces tenía miedo de quedarme inútil de verdad. ¿Habéis hecho lo que os dije en la ciudad?

— Todo se ha hecho, señor Callowan.

EPÍLOGO

Se habían reunido en uno de los salones del hotel Mayestic, uno de los más elegantes de la ciudad.

Donald Callowan, con un flamante puro entre los labios, miraba con los ojos alegres a todos los que le rodeaban. Negros, unos conocidos y otros no.

John, su hija y el doctor estaban en primera fila. Los camareros habían llevado champaña a todos y la alegría se leía en los rostros.

— ¿Contentos? — inquirió el jefe de la SIP, quitándose el habano de la boca.

—Mucho — repuso Jerome.

—Ya comprendo, señor Howis, lo que está usted pasando en estos momentos — dijo Callowan, que había visto la expresión de John.

— ¡Me parece aún increíble!— exclamó el viejo, bajando la cabeza.

—Yo también dudé lo mío— dijo Callowan—. Puedo asegurarle que cuando descubrí la verdad, tuve que hacer un esfuerzo considerable para tomarla como tal.

— ¿Cómo lo supo? — inquirió Jerome.

—Por pura casualidad — repuso Donald—. Pero es mejor que empecemos por el principio.

Empezó a explicar:

— Cuando recibí su carta, doctor Ploof, no creí que el asunto tuviese la importancia que iba a cobrar después. Envié, pues, a dos buenos agentes: Clayton King y Peter Slee.

”La cosa empezó a preocuparme cuando pasó una semana sin que recibiese nada de ellos, a los que había ordenado que me

cablegrafiasen un informe urgentísimo.

"La falta de noticias me hizo prever algo malo y así fue como vine a Venus, tomando la personalidad de Larson, después de haberme entrevistado, largamente con el señor Collins, el padre de la desdichada Carol. Hicimos unos falsos papeles de propiedad de la finca y aparecí en el escenario, dedicándome, en un principio, a descubrir el paradero, de mis agentes.

"Pero he ahí que la primera noche y cuando apenas acababa de instalarme, después de mi charla con el almacenista, que ha sido detenido entre los del Klan, se produjo aquel ataque con fitohormonas para destruir la cosecha.

"Ya comprenderán que cuando disparé contra el helicóptero, derribándolo y que luego me dijeron ustedes que aquellos dos hombres eran agentes de la SIP, comprendí que algo malo había ocurrido a mis muchachos, ya que aquellos dos no eran más que unos impostores.

"Pero no podía, descubrir el juego. Y aunque ardía en ganas de hacerles hablar, preferí proseguir las investigaciones.

"Yo estaba seguro de haber tocado a uno de los helicópteros de los que regaron los campos con las destructoras fitohormonas. Así, cuando fui a casa del señor Howis, para pedirle los obreros y un monocultor, descubrí, ya les he dicho que por pura casualidad, la verdad.

"Al entrar en el paraje de los Howis, vi el helicóptero de la señora, con la marca de mi disparo y manchas de sangre en el interior de la cabina. Me dijeron entonces que la esposa de John había sido herida en un pie o en la pierna...

"Esto me hizo sospechar de algo que mi sentido común se negaba, no obstante, a creer. Luego volví a la granja, viendo que los del Klan seguían intentando aburrirme, ya que habían quemado la casa.

"Tenía en mi poder pruebas suficientes para ir entendiendo lo que pasaba; pero, ¿cómo demostrarlo?

"Tuve que pensar mucho. Y después de enviar, como de costumbre, mis instrucciones a los hombres que había hecho venir de la Tierra y que esperaban mis órdenes en la ciudad — me comunicaba con ellos por medio de un aparato que llevaba en la pierna, lo que me obligaba a cojear—, me dije que había llegado la hora de actuar.

"Entonces fue; amigo doctor, cuando ustedes me contaron lo de los dos cadáveres de hombres blancos. Comprendí que mis dos muchachos habían sido asesinados, interceptados a su llegada por un hombre que jugó un papel secundario, aparentemente, en el asunto."

— ¿Quién?

—El doctor .Wheeler. El fue quien recibió a los muchachos de la SIP, quien los engañó... y quien los mató, escondiendo sus cadáveres, que destruyó para evitar la identificación, hasta que llegó el momento de que “apareciesen”.

— ¡Es espantoso!

—Sí. Yo fui entonces a casa del juez, poniéndole las cartas sobre la mesa. Le dije que conocía la identidad del jefe y so lo demostré, dándole a leer la copia de una falsa carta que dije estar en manos de un amigo de confianza, para el caso de que intentasen hacerme algo.

— ¿Y cómo supo quién era el jefe?

—La verdad es que, más que nada, se trató de una corazonada. Yo me estaba estrujando las meninges para entender lo de la señora Howis. Y eso es lo que me hizo pensar que ella era la culpable de lo ocurrido a Carol.

— ¿Por qué?

—Jim no había hablado a nadie excepto a usted, doctor. Pero Gladys conocía los hechos y, con naturalidad, se lo dijo a su madre. Y fue ésta la que, organizando el Klan, dictó la sentencia que iba a costar la vista a Carol.

— ¡Dios mío! —exclamó Gladys, echándose a llorar...

—En realidad — dijo Callowan, después de unos instantes —, el caso de Myriam Howis es muy triste, pero nada extraño... Mujer hermosa, se dejó arrastrar, debido a sus condiciones económicas, a un matrimonio con un hombre de color. Luego la costumbre y el nacimiento de sus hijos acallaron en su alma la voz de su orgullo racial.

"Quizás estaba ya casi completamente curada, aunque en su interior debía desarrollarle una lucha loca, cuando la noticia de los amores furtivos de Fred y Carol desencadenaron la reacción en cadena. Todo su odio, su resentimiento, saltó de pronto, del pozo fétido en que se había convertido su corazón y que una ligera capa de hipocresía había cubierto durante todos aquellos años.

"Loca por lo que iba a ocurrir, una repetición de lo suyo, corrió a casa del juez, diciéndole su horror ante el peligro de que les jóvenes Fred y Carol se casaran.

"¿Qué pasó más en aquella entrevista?

"No lo sabemos, pero podemos suponer la sorpresa de Lewis, un viudo ya no joven, al ver llegar a una hermosa mujer que deseaba defender a su hijo. ¿Amor? ¿Deseo? Nada sabemos, pero lo cierto es que ambos esperaban el divorcio de ella para unirse.

"Myriam quería una especie de reivindicación personal: deseaba

pertenecer a un hombre blanco que, al mismo tiempo, por el paso a su poder de la finca de John, iba a convertirse en alguien rico y poderoso.

—El juez se dejó convencer, digámoslo así. Luego se reunió con sus amigos y el Klan nació entonces.

—Lo demás ya lo sabemos.”

John se había levantado, en silencio, yendo hacia la puerta, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Y Callowan, poniéndose en pie, acercándose a la pareja, les dijo:

—Cuiden de él. Es muy natural que esa herida no se cierre nunca, pero hagan lo posible por alegrar un poco lo que le queda de vida.

—Así lo haremos.

—Quiero preguntarle algo — dijo el médico.

—Lo que quiera.

— ¿Y los falsos agentes?

—Jugaban un papel muy importante, controlando la circulación nocturna de helicópteros, para impedir que llegasen al lugar de la reunión.

— ¿Qué les ocurrirá?

—Lo que a los demás responsables, doctor: la Cámara Electrónica. Gladys ahogó un sollozo.

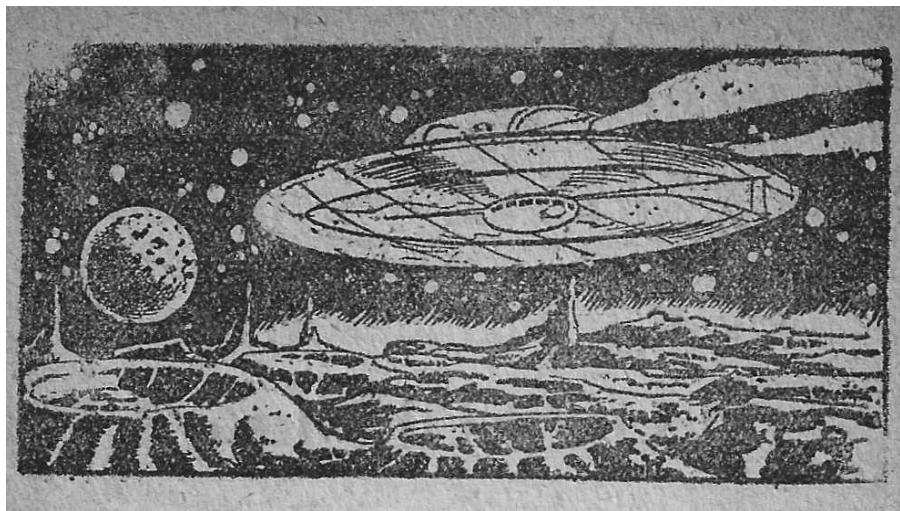
Después, del brazo de Jerome, abandonó la estancia.

Los otros les imitaron.

Y Callowan se quedó solo, con el habano entre los labios, meditando sobre el complejo corazón humano y lo que tarda éste en darse cuenta de que el color de piel es algo que no pasa de una apariencia transitoria, sin importancia.

Porque todos somos hermanos...





¿LE GUSTARIA A USTED EXISTIR DENTRO DE CIEN, DOSCIENTOS O TRESCIENTOS AÑOS?

Sería fascinante, ¿no es cierto?

El medio de realizar este maravilloso sueño y de vivir AHORA los prodigiosos hechos que conocerán las futuras generaciones, se lo brinda la famosa

Colección E S P A C I O

Un mundo nuevo, atrayente y desconocido se abrirá para usted en cada uno de sus impresionantes relatos.

Colección E S P A C I O

Cada título es la intrigante y humana aventura de unos hombres que todavía no han nacido, en el marco incomparable de esos ignotos mundos, de los cuales, hasta hoy, sólo ha llegado hasta nosotros como un mensaje indescifrable, el parpadeante destello de su remota y misteriosa luz.

¡SI DE VERAS QUIERE USTED GOZAR DE EMOCIONES NUEVAS Y SOBRECOGEDORAS, ADQUIERA TODOS LOS VOLUMENES DE ESTA PRODIGIOSA Y ELECTRIZANTE COLECCIÓN!



**¡LA RISA TONIFICA,
pero,
LA SONRISA
ENGENDRA
OPTIMISMO!**

EL BEBE Y EL ACORAZADO

La original novela de ANTHONY THORNE ha cobrado vida cinematográfica, animada en los principales personajes por JOHN MILLS, RICHARD ATTENBOROUGH, LISA GASTONI... y un rollizo y simpático BEBÉ de seis meses.

EL BEBE Y EL ACORAZADO

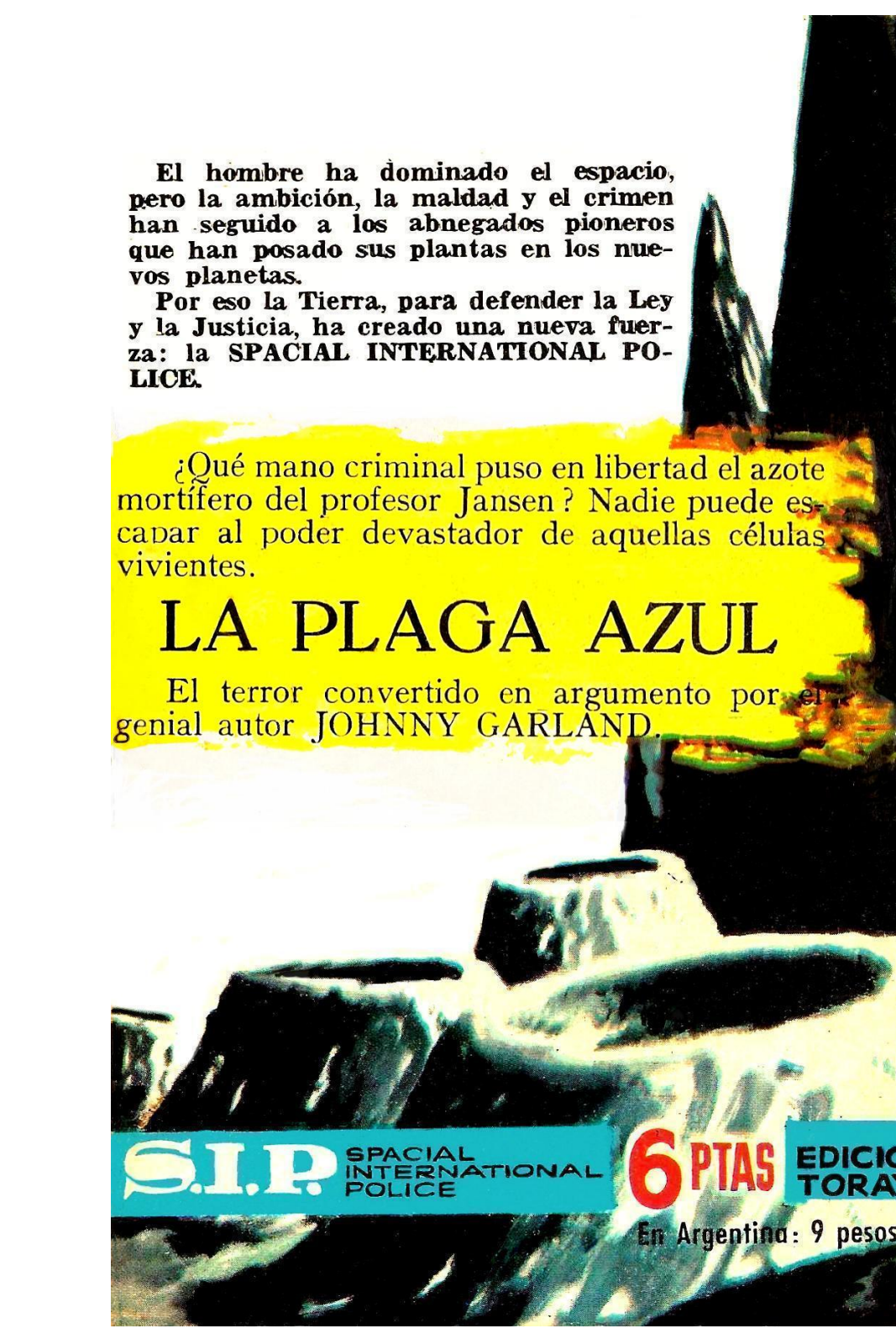
Cáustica muestra del humor inglés, salpicada a trechos con las más brillante e intencionada chispa latina, será publicada próximamente, por

EDICIONES TORAY, S. A.

¡un ramillete de sonrisas de
ternura y de regocijantes
situaciones!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 22.— Sindicato de bandidos.— *W. Sampas*
- 23.— Agente espacial.— *Alan Star*
- 24.— Asalto al heliexpreso.— *W. Sampas*
- 25.— Primera misión.— *W. Sampas*
- 26.— ¡Miedo en la SIP!— *Alan Comet*
- 27.— Fábrica de asesinos.— *W. Sampas*
- 28.— Virus mortal.— *Alan Star*
- 29.— Prueba de sangre.— *W. Sampas*
- 30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
- 31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
- 32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
- 33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
- 34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de aqrena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuegor mortal.— *W. Sampas*



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Qué mano criminal puso en libertad el azote mortífero del profesor Jansen? Nadie puede escapar al poder devastador de aquellas células vivientes.

LA PLAGA AZUL

El terror convertido en argumento por el genial autor JOHNNY GARLAND.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIÓN
TORA

En Argentina: 9 pesos

[←1]

El «hipnoteacher» (enseñanza por hipnotismo) consiste en procurar, durante el sueño, temas que el cerebro aprende sin que el sujeto se aperciba. Consta de un casco, con auriculares y un aparato con cintas magneto-fónicas que contienen la selección de temas escogidos. El aparato empieza a funcionar automáticamente en cuanto el sujeto se duerme, utilizando la actividad cerebral durante el sueño, sin perturbaciones externas, lo que hace que las enseñanzas queden más profundamente grabadas que las aprendidas en estado consciente y, lógicamente, Sin esfuerzo.

[←2]

El «velohelik» es una especie de triciclo dotado de un rotor con hélice. Se trata de un aparato para niños y su velocidad no pasa nunca de los cincuenta kilómetros por hora. La altura que consigue no es jamás mayor de una veintena de metros.